

¡AMNISTIA!

La censura, en Madrid e incluso en Asturias, permite ya que se hable de una cuestión trascendental: la amnistía.

La amnistía ha de constituir, hasta que se haya logrado, una razón más en favor de la unidad del movimiento obrero.

Los presos que en las cárceles de Madrid, Barcelona, Asturias, Fuerte de San Cristóbal de Pamplona, Cartagena, Cádiz, León, etc., sufren, no son de este o de aquel partido. Son todos ellos hermanos nuestros, compañeros de todos los trabajadores.

Hay que romper legalmente las puertas y las rejas de las cárceles por medio de la Amnistía.

La República ha concedido dos amnistías. La primera, a raíz de

proclamarse la nueva forma de Gobierno, y la segunda y tercera, a raíz de la proclamación de la República, fue acordada en favor

Leed LA BATALLA

La segunda Amnistía de la República fue reaccionaria.

La tercera Amnistía ha de ser progresiva, liberal, ampliamente humana.

La Amnistía ha de ser ganada. Pedir la Amnistía está bien, es necesario.

Pero laborarla todos los días, unificando la acción de las masas trabajadoras, está mejor puesto que es la única manera de conseguirla.

¡Amnistía!

El problema de las generaciones en el movimiento obrero

por JUAN ANDRADE

Los recientes artículos de Indalecio Prieto en «La Libertad» y la carta abierta dirigida por González Peña a los jóvenes socialistas, han planteado en España el problema que pudiéramos llamar de las generaciones en el movimiento obrero. Cuestión, debate que tiene numerosos antecedentes en la historia de las organizaciones políticas y que se plantea de nuevo cada vez que la tensión y la fuerza de los acontecimientos despierta la vitalidad política de los núcleos más progresivos de las formaciones obreras, núcleos integrados generalmente por militantes jóvenes.

En la vida social en general, el espíritu reaccionario, el retrógrado moral trina en toda circunstancia contra lo que califica de perversión de la juventud, y que no es más que la adaptación a las normas de una nueva ética que el viejo decrépito se niega a reconocer y sancionar.

Los ancianos conservadores descalifican las nuevas costumbres exclusivamente por lo que tienen de innovación, y condenan a los jóvenes que las propugnan.

El obscurantista político ve en la juventud el incentivo removedor de su modorra tranquila, y trata de constreñirla y hacerla prisionera de disposiciones reglamentarias. El veterano políticamente reaccionario resta, mejor dicho intenta restar autoridad a los ideales jóvenes en nombre de lo consagrado. Es un quietista, y, por lo tanto, un retrógrado.

Cuando el primero de mayo de 1916 Carlos Liebknecht, seguido de

mil quinientos manifestantes jóvenes, desembocó en la plaza de Potsdam, de Berlín, para lanzar su primer grito callejero de protesta contra la guerra, los señores burocratas de los Sindicatos exclamaron despectivamente: «¡Bah, un loco y unos cuantos chiquillos!»

Sin embargo, «el loco» de hacía diez y nueve años se ha convertido no sólo en el símbolo de la juventud revolucionaria presente, sino incluso en la admiración de los militantes actuales del partido.

Las tradiciones, la experiencia histórica de un partido constituyen siempre un rico caudal de enseñanzas del que hay que enorgullecerse. Pero tanto los partidos como los seres humanos no pueden vivir exclusivamente de las reservas del pasado y mucho menos del prestigio acumulado. Esto sería tanto como condenarse a la inacción y al más lamentable suicidio político: los viejos que tienen instinto de lo progresivo y que colocan por encima de todo el valor de las ideas, deben estimular el desarrollo de las fuerzas nuevas y facilitar su ascenso.

Se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

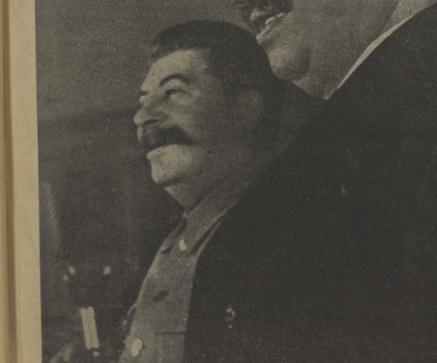
se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

El pacto franco-soviético

Perdona que no haya contestado antes tu amable carta. Y aún puedes agradecer al mal tiempo que te respondió hoy. Llévete copiosamente, y aprovecho nuestra forzosa reclusión en la brigada para escribir algunas cartas. Son numerosas las que nos llegan de camaradas y de amigos, y para contestarlas con un mínimo de comodidad—es decir, disponiendo de una mesa y de una silla— sólo tengo una hora y media escasa cada día.

Tus optimistas impresiones sobre la marcha de nuestro partido confirman las que habíamos recibido de otros camaradas, y nos producen una viva satisfacción. El movimiento de octubre ha sido la piedra de toque de todos los partidos y organizaciones de la clase obrera. Y acaso sea el nuestro el único partido obrero que ha salido del movimiento de octubre más fuerte y aún más unido de lo que se encontraba hace ocho meses.

El Partido Socialista atraviesa una honda crisis, que ya nadie puede pretender ocultar. Muchos camaradas socialistas comentan que los profundos desacuerdos existentes desde hace bastante tiempo, agravados a partir de octubre, se hayan exteriorizado en este momento. Podrá lamentarse el hecho cuanto se quiera, pero todo el que analice un poco detenidamente la situación del partido socialista tendrá que reconocer que lo ocurrido era inevitable. Conviven en el partido socialista dos tendencias irreconciliables: la derecha, que no ha aprendido nada de la experiencia de Alemania y de Austria, y la izquierda que aunque con retraso, se ha dado cuenta de que, si no modificaba el rumbo seguido, su partido corría hacia el precipicio. Por muchos esfuerzos que haga la tendencia centrista del Partido Socialista para contener el debate iniciado, no lo logrará. El conflicto es demasiado profundo para ponerlo en manos de amigos hábiles componedores. Los propios centristas se verán obligados, en el curso de la polémica que se inicia



Stalin y Laval

Medina Sidonia-Mestalla

LAS DERECHAS, ATEMORIZADAS

Las derechas preparan para el domingo próximo, en Valencia, un acto efecista. Necesitan dar la sensación de que arrastran consigo a grandes masas populares. Comprenden que, gastadas en gran parte, en el ejercicio del Poder, la opinión se les escapa y pretenden reconquistarla por un golpe de efecto.

Gil Robles, el jefe de la Geda, irá en avión desde Medina Sidonia, el centro de Castilla, hasta el Levante mediterráneo.

Las derechas intentan galvanizar multitudes nominales que nunca han tenido.

El triunfo de la Geda, en las elecciones de 1933, fue una reacción brusca contra la política seguida por el gobierno de Azaña.

Este éxito de proporciones inesperadas les hizo creer que poseían una fuerza que estaban muy lejos de tener en realidad.

Y la mejor confirmación de ello es que, no obstante su victoria, no han podido conquistar aún integralmente el Poder.

La situación política que dura hace año y medio se va matizando cada vez de una manera más pronunciada.

¿Cómo? ¿Puede decirse que las derechas hacen avances ganando las simpatías populares? ¿Es que, realmente, el viento sopla en sentido favorable a ellas?

Ni ellos mismos lo creen. Están firmemente persuadidas de lo contrario. Las declaraciones de Azaña hace poco salter egos de Gil Robles, Jiménez Fernández, hechas recientemente a la prensa, son bien significativas. Y sin necesidad de declaraciones, basta ver la labor de «reconstrucción» que han desarrollado durante el período de su mandato. Se han limitado a desahuciar el escaso que en sentido progresivo se hizo durante los primeros tiempos de su gobierno.

Las derechas han sabido constatar la animadversión de amplios sectores de opinión que estuvieron a su lado hace un par de años.

Se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

situación fue aprovechada por las derechas para crear una confusión que les fue favorable y les ayudó a triunfar.

Actualmente existe asimismo una dislocación, una ruptura, entre el estado de conciencia general del pueblo y la voluntad de quien detenta los resortes del Poder.

Cortes y Gobierno corresponden a la situación creada en el otoño de 1933, pero no en la que prevalece en el verano de 1935.

Las derechas, aunque no cesan de hacer alardes jactanciosos, se dan perfecta cuenta de ello.

Por eso tratan de posponer lo más posible toda perspectiva de nueva consulta electoral. Una disolución inmediata de las Cortes les da escalofríos, les aterroriza.

Se mantienen invertebradamente los estados de alarma y prevención. Pesa sobre la prensa la censura, como en los buenos (¡!) tiempos de la dictadura. Se suspenden los actos públicos, autorizándolos tan sólo alguna que otra vez, previa una tramitación cautelosa. Las organizaciones obreras están colocadas al margen de la ley. Funcionan los Tribunales de urgencia y los Consejos de Guerra.

Pero esta situación no puede prolongarse indefinidamente. Las derechas van llegando al límite máximo del impulso que recibieron a fines de 1933 y buscan ahora fortalecerse, autosugestionarse, acudiendo sobre todo a los fracasos escécticos. Hitler fue en este aspecto un gran maestro.

Esta es la razón de ser del acto que la Geda celebra el domingo en el estadio de Valencia y en Medina Sidonia.

Quiere con aviones, con trenes especiales, con carteles llamativos, con fanfarria, dar la sensación de que tiene la opinión consigo.

Necesita dar esta impresión porque sabe que las cosas no son así. Es un fenómeno de galvanización lo que intenta llevar a efecto.

Generalmente, la Geda ha fracasado siempre en esas grandes concentraciones: Escorial, Covadonga, Ucles.

Ya veremos que consecuencias intentará sacar la Geda del acto del domingo.

La clase trabajadora ya las ha previamente formulado.



BLOQUE OBRERO Y CAMPESINO

La Batalla

Nuestro semanario reaparece al cabo de cerca de nueve meses de suspensión.

LA BATALLA luchará por la unidad de acción de todos los trabajadores. Alianza Obrera.

LA BATALLA luchará por la unidad sindical. Una sola central sindical.

LA BATALLA luchará por un solo partido marxista. Partido Único.

LA BATALLA luchará por la unidad internacional del proletariado sobre bases nuevas, considerando los II y III Internacionales han fracasado.

He ahí expuestas brevemente los objetivos de nuestro periódico. Iniciamos esta nueva etapa grandemente esperanzados.

¡Adelante!

Saludo a los presos

Al reaparecer LA BATALLA, su primer saludo va dirigido a todos los camaradas presos por razones políticas y sociales. A todos ellos, a los compañeros de nuestro Partido, a los que no lo son, nuestra más fraternal compenetración.

Las autoridades han dado permiso para que reaparezca LA BATALLA, pero no hemos podido conseguir, sin embargo, que se levantara la clausura que pesa sobre el local de la Redacción y Administración del periódico instalado en el Pasaje de Escudillers, 1, 1.º

Así las cosas, toda la correspondencia y giros deben ir dirigidos al Apartado de Correo 1280.

Las autoridades han dado permiso para que reaparezca LA BATALLA, pero no hemos podido conseguir, sin embargo, que se levantara la clausura que pesa sobre el local de la Redacción y Administración del periódico instalado en el Pasaje de Escudillers, 1, 1.º

Así las cosas, toda la correspondencia y giros deben ir dirigidos al Apartado de Correo 1280.

Así las cosas, toda la correspondencia y giros deben ir dirigidos al Apartado de Correo 1280.

Así las cosas, toda la correspondencia y giros deben ir dirigidos al Apartado de Correo 1280.

Una interesante carta de nuestro camarada encarcelado Luis Portela

Las perspectivas del movimiento obrero

Querido amigo:

ahora a la luz del día, a optar, si por la derecha o por la izquierda.

También el Partido Comunista sufre las consecuencias de esa formidable contradicción de valores y de tácticas que fue el movimiento de octubre. Ya en las horas que precedieron al movimiento el empuje arrollador de las masas obreras, le obligó a pedir su ingreso en las Alianzas Obreras que tanto había combatido durante meses. Y como cuando rectificó, obligado por la realidad, una línea política errónea le es muy difícil hallar el justo medio de una nueva táctica.

Le venos ahora arrinconado en el desván de una nueva táctica, que aplicada en cualquier circunstancia, es un disparate—para preconizar algo así como una conjunción republicano-comunista, que no me parece que las circunstancias exijan.

No podrá tampoco la C. N. T. atravesar una prueba como la de octubre sin experimentar grandes disensiones. El debate en torno a las responsabilidades por la inhibición de la C. N. T. en la mayoría de las regiones durante las jornadas de octubre y la polémica entre partidarios y adversarios de la Alianza Obrera enfrentarán vivamente en dos tendencias a los militantes confederales. Y los socialistas, divididos sobre el camino a seguir, y, en Cataluña, la Unión Socialista, colocada entre los dos polos de atracción, la Esquerda y la Alianza Obrera, completan el cuadro de las fuerzas obreras españolas que tratan de encontrar su camino en el fragor de los combates.

La marcha de los acontecimientos nos lleva, no sólo en España, sino en todo el mundo, y en Europa en particular, hacia una reagrupación de las fuerzas obreras. Ha fracasado en 1914 la Segunda Internacional, y su reconstitución después de la guerra no ha sido otra cosa que un esfuerzo estéril por galvanizar un cadáver.

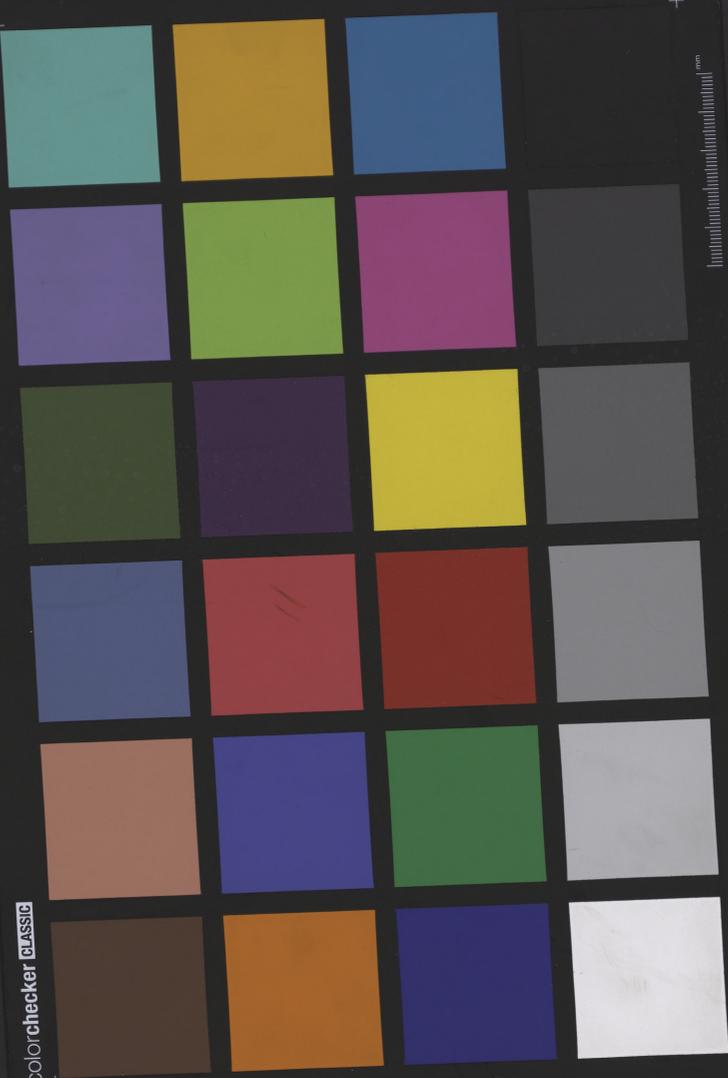
La derecha socialista creará su partido, que se llamará socialista

proletario, pero que no tendrá nada de una cosa ni de otra. La Internacional Comunista seguirá manteniendo en todas partes secciones con los efectivos que pueda conservar, pues fuera de su rango no admite la unificación. Y del anarcosindicalismo, los mejores elementos, afeccionados por la experiencia de octubre vendrán a las filas del partido obrero unificado, mientras otros adoptarán una posición semejante a la de la derecha socialista, siguiendo el camino señalado por Jonhaux en Francia, y otros, en fin, los que se obstinan en no olvidar y no aprender nada, serán barridos del movimiento obrero por los acontecimientos, que son implacables con los que persisten en el error. El partido obrero unificado, cuya primera piedra se está colocando, y bajo cuya bandera nos agruparemos cuando sea el momento oportuno, la izquierda socialista y nosotros con la Izquierda Comunista y los mejores elementos del anarcosindicalismo, del Partido Comunista y de organizaciones como la Unión Socialista de Catalunya, será de hecho el partido único del proletariado español. Los grupos que queden al margen de él estarán condenados a vegetar sin pena ni gloria. En el partido obrero unificado reconocerá la clase obrera el instrumento de su victoria.

Así, pues, querido amigo, adelante. Continúa de ánimo emprendido. En su breve existencia, puede reivindicar nuestro joven partido el honor de haber iniciado las Alianzas Obreras. Ahora inicia la reunión en un solo partido de los trabajadores que no rehuyen el cumplimiento de su misión histórica. Cualquiera que sea la suerte que el porvenir reserve al B. O. C., nadie podrá regalarle el mérito de haber prestado al movimiento obrero de nuestro país dos servicios de inapreciable valía. Te abraza cordialmente

LUIS PORTELA

Fuerte San Cristóbal, Junio 1935.



color checker CLASSIC

xrite

Matan anterior del 201
220-4

La Batalla

Organo de la Federación Comunista Ibérica (B. O. C.)

¡AMNISTIA!

La censura, en Madrid e incluso en Asturias, permite ya que se hable de una cuestión trascendental: la amnistía.

La amnistía ha de constituir, hasta que se haya logrado, una razón más en favor de la unidad del movimiento obrero.

Los presos que en las cárceles de Madrid, Barcelona, Asturias, Fuerte de San Cristóbal de Pamploña, Cartagena, Cádiz, León, etc. sufren, no son de éste o de aquel partido. Son todos ellos hermanos nuestros, compañeros de todos los trabajadores.

Hay que romper legalmente las puertas y las rejas de las cárceles por medio de la Amnistía.

La República ha concedido dos amnistías. La primera, a raíz de

proclamarse la nueva forma de Gobierno, y la segunda, a raíz de la celebración del tercer aniversario de la República, que actuó en favor

Leed LA BATALLA

La segunda Amnistía de la República fué reaccionaria.

La tercera Amnistía ha de ser progresiva, liberal, ampliamente humana.

La Amnistía ha de ser ganada.

Pedir la Amnistía está bien, es necesario.

Pero laborarla todos los días, unificando la acción de las masas trabajadoras, está mejor puesto que es la única manera de conseguirla.

¡Amnistía!

Medina Sidonia-Mestalla LAS DERECHAS, ATEMORIZADAS

Las derechas preparan para el domingo próximo, en Valencia, un acto efecista. Necesitan dar la sensación de que arrastran consigo a grandes masas populares. Comprenden que, gastadas en gran parte, en el ejercicio del Poder, la opinión se les escapa y pretenden reconquistarla por un golpe de efecto.

Gil Robles, el jefe de la Ceda, irá en avión desde Medina Sidonia, el centro de Castilla, hasta el Levante mediterráneo. Las derechas intentan galvanizar multitudes nominales que nunca han tenido. El triunfo de la Ceda, en las elecciones de 1933, fué una reacción brusca contra la política seguida por el gobierno de Azaña.

Este éxito de proporciones inesperadas para los propios reaccionarios les hizo creer que poseían una fuerza que estaban muy lejos de tener en realidad.

Y la mejor confirmación de ello es que, no obstante su victoria, no han podido conquistar aún integralmente el Poder.

La situación política que dura hace año y medio se va matizando cada vez de una manera más pronunciada.

¿Cómo? ¿Puede decirse que las derechas hacen avances ganando las simpatías populares? ¿Es que, realmente, el viento sopla en sentido favorable a ellas?

En ellos mismos lo creen. Están firmemente persuadidos de lo contrario. Las declaraciones del hasta hace poco «alter ego» de Gil Robles, Jiménez Fernández, hechas recientemente a la prensa, son bien significativas. Y sin necesidad de declaraciones, basta ver la labor de «construcción» que han desarrollado durante el período de su mandato. Se han limitado a deshacer lo que se hizo durante los primeros tiempos de la República.

Las derechas han sabido conquistarse la animadversión de amplios sectores de opinión que estuvieron a su lado hace un par de años.

Se da ahora un fenómeno semejante al que tuvo lugar en los últimos tiempos del Gobierno de Azaña. Entonces había un divorcio evidente entre los resortes del Poder y la opinión popular. Esta

situación fué aprovechada por las derechas para crear una confusión que les fué favorable y les ayudó a triunfar.

Actualmente existe asimismo una dislocación, una ruptura, entre el estado de conciencia general del pueblo y la voluntad de quien detenta los resortes del Poder.

Cortes y Gobierno corresponden a la situación creada en el otoño de 1933, pero no en la que prevalece en el verano de 1935.

Las derechas, aunque no cesan de hacer alardes jactanciosos, se dan perfecta cuenta de ello.

Por eso tratan de posponer lo más posible toda perspectiva de nueva consulta electoral. Una disolución inmediata de las Cortes les da escalofríos, les aterroriza.

Se mantienen inveteradamente los estados de alarma y prevención. Pesa sobre la prensa la censura, como en los buenos (!) tiempos de la dictadura. Se suspenden los actos públicos, autorizándolos tan sólo alguna que otra vez, previa una tramitación cautelosa. Las organizaciones obreras están colocadas al margen de la ley. Funcionan los Tribunales de urgencia y los Consejos de Guerra.

Pero esta situación no puede prolongarse indefinidamente. Las derechas van llegando al límite máximo del impulso que recibieron a fines de 1933 y buscan ahora fortalecerse, autosugestionarse, acudiendo sobre todo a los trucos escénicos. Hitler fué en este aspecto un gran maestro.

Esta es la razón de ser del acto que la Ceda celebra el domingo en el estadio de Valencia y en Medina Sidonia.

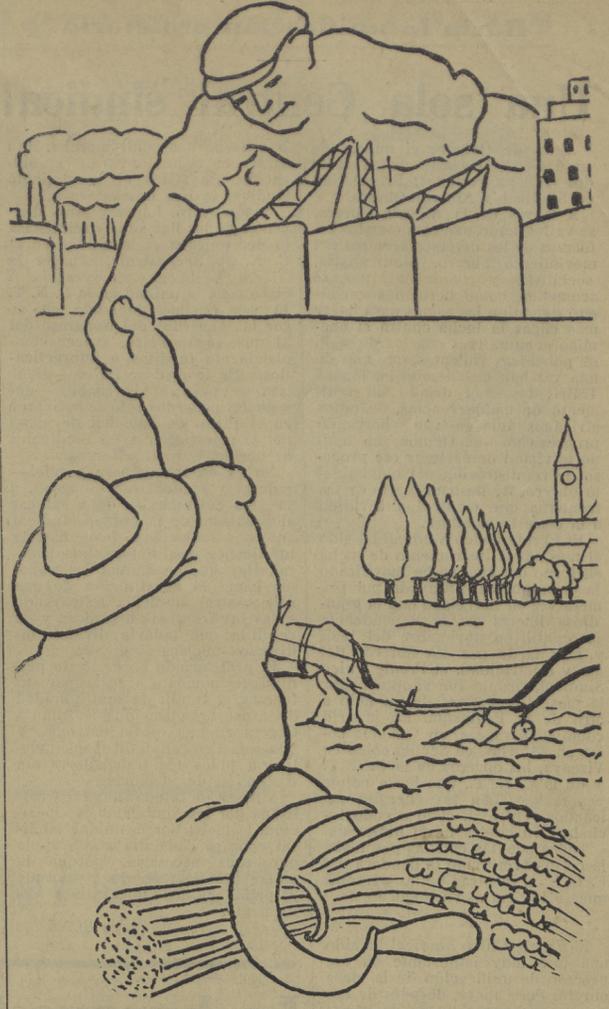
Quiere con aviones, con trenes especiales, con carteles llamativos, con fanfarria, dar la sensación de que tiene la opinión consigo.

Necesita dar esta impresión porque sabe que las cosas no son así. Es un fenómeno de galvanización lo que intenta llevar a efecto.

Generalmente, la Ceda ha fracasado siempre en esas grandes concentraciones: Escorial, Covadonga, Uclés.

Ya veremos que consecuencias intentará sacar la Ceda del acto del domingo.

La clase trabajadora ya las ha previamente formulado.



BLOQUE OBRERO Y CAMPESINO

El problema de las generaciones en el movimiento obrero

por JUAN ANDRADE

Los recientes artículos de Indalcio Prieto en «La Libertad» y la «carta abierta» dirigida por González Peña a los jóvenes socialistas, han planteado en España el problema que pudiéramos llamar de las generaciones en el movimiento obrero. Cuestión, debate que tiene numerosos antecedentes en la historia de las organizaciones políticas y que se plantea de nuevo cada vez que la tensión y la fuerza de los acontecimientos despierta la vitalidad política de los núcleos más progresivos de las formaciones obreras, núcleos integrados generalmente por militantes jóvenes.

En la vida social en general, el espíritu reaccionario, el retrógrado moral trina en toda circunstancia contra lo que califica de perversión de la juventud, y que no es más que la adaptación a las normas de una nueva ética que el viejo decrepito se niega a reconocer y sancionar. Los ancianos conservadores descalifican las nuevas costumbres exclusivamente por lo que tienen de innovación, y condenan a los jóvenes que las propugnan.

El obscurantista político ve en la juventud el incentivo removedor de su modorra tranquila, y trata de constreñirla y hacerla prisionera de disposiciones reglamentarias. El veterano políticamente reaccionario resta, mejor dicho intenta restar autoridad a los ideales jóvenes en nombre de lo consagrado. Es un quietista, y, por lo tanto, un retrógrado.

Cuando el primero de mayo de 1916 Carlos Liebknecht, seguido de

mil quinientos manifestantes jóvenes, desembocó en la plaza de Potsdam, de Berlín, para lanzar su primer grito callejero de protesta contra la guerra, los señores burócratas de los Sindicatos exclamaron despectivamente: «¡Bah, un loco y unos cuantos chiquillos!» Sin embargo, «el loco» de hace diez y nueve años se ha convertido no sólo en el símbolo de la juventud revolucionaria presente, sino incluso en la admiración de los militantes actuales del partido.

¿Y qué herencia han dejado al proletariado alemán los displicentes del año 1916? El último gesto político de su asesino moral, de Noske, fué implorar de Hitler, con lágrimas en los ojos, que le respetase su pensión de encanecido servidor de la burguesía alemana.

Las tradiciones, la experiencia histórica de un partido constituyen siempre un rico caudal de enseñanzas del que hay que enorgullecerse. Pero tanto los partidos como los seres humanos no pueden vivir exclusivamente de las reservas del pasado y mucho menos del prestigio acumulado. Esto sería tanto como condenarse a la inacción y al más lamentable suicidio político. Los viejos que tienen instinto de lo progresivo y que colocan por encima de todo el valor de las ideas, deben estimular el desarrollo de las fuerzas nuevas y facilitar su ascenso.

La joven generación del movimiento obrero...

Pasa a la pág. 4

El pacto franco-soviético



Stalin y Laval

Una interesante carta de nuestro camarada encarcelado Luis Portela

Las perspectivas del movimiento obrero

Querido amigo:

Perdona que no haya contestado antes tu amable carta. Y aún puedes agradecer al mal tiempo que te responda hoy. Lluève copiosamente, y aprovecho nuestra forzosa reclusión en la brigada para escribir algunas cartas. Son numerosas las que nos llegan de camaradas y de amigos, y para contestarlas con un mínimo de comodidad—es decir, disponiendo de una mesa y de una silla—sólo tenemos hora y media escasa cada día.

Tus optimistas impresiones sobre la marcha de nuestro partido confirman las que habíamos recibido de otros camaradas, y nos producen una viva satisfacción. El movimiento de octubre ha sido la piedra de toque de todos los partidos y organizaciones de la clase obrera. Y acaso sea el nuestro el único partido obrero que ha salido del movimiento de octubre más fuerte y aun más unido de lo que se encontraba hace ocho meses.

El Partido Socialista atraviesa una honda crisis, que ya nadie puede pretender ocultar. Muchos camaradas socialistas lamentan que los profundos desacuerdos existentes desde hace bastante tiempo, agravados a partir de octubre, se hayan exteriorizado en este momento. Podrá lamentarse el hecho cuanto se quiera, pero todo el que analice un poco detenidamente la situación del partido socialista tendrá que reconocer que lo ocurrido era inevitable. Conviven en el partido socialista dos tendencias irreconciliables: la derecha, que no ha aprendido nada de la experiencia de Alemania y de Austria, y la izquierda que aunque con retraso, se ha dado cuenta de que, si no modificaba el rumbo seguido, sino en todo el mundo, y en Europa en particular, hacia una reagrupación de las fuerzas proletarias. Ha fracasado en 1914 la Segunda Internacional, y su reconstitución después de la guerra no ha sido otra cosa que un esfuerzo estéril por galvanizar un cadáver, pues aunque sus sesiones contaron con considerables masas, sólo ha

ahora a la luz del día, a optar, si no en palabras al menos de hecho, por la derecha o por la izquierda.

También el Partido Comunista sufre las consecuencias de esa formidable contrastación de valores y de tácticas que fué el movimiento de octubre. Ya en las horas que precedieron al movimiento el empuje arrollador de las masas obreras, le obligó a pedir su ingreso en las Alianzas Obreras que tanto había combatido durante meses. Y como cuando rectificó, obligado por la realidad, una línea política errónea le es muy difícil hallar el justo medio de una nueva táctica, le vemos ahora arrinconando en el desván su fórmula «clase contra clases» que aplicada en cualesquiera circunstancia, es un dislate—para precomizar algo así como una conjunción republicano-comunista, que no me parece que las circunstancias exijan.

No podrá tampoco la C. N. T. atravesar una prueba como la de octubre sin experimentar grandes disensiones. El debate en torno a las responsabilidades por la inhibición de la C. N. T. en la mayoría de las regiones durante las jornadas de octubre y la polémica entre partidarios y adversarios de la Alianza Obrera enfrentarán vivamente en dos tendencias a los militantes confederales. Y los socialistas, divididos sobre el camino a seguir, y, en Cataluña, la Unión Socialista, colocada entre los dos polos de atracción, la Esquerda y la Alianza Obrera, completan el cuadro de las fuerzas obreras españolas que tratan de encontrar su camino en el fragor de una discusión que es como el eco de los combates.

La marcha de los acontecimientos nos lleva, no solo en España, sino en todo el mundo, y en Europa en particular, hacia una reagrupación de las fuerzas proletarias. Ha fracasado en 1914 la Segunda Internacional, y su reconstitución después de la guerra no ha sido otra cosa que un esfuerzo estéril por galvanizar un cadáver, pues aunque sus sesiones contaron con considerables masas, sólo ha

sido capaz de llevarlas a la derrota y de confirmar su fracaso. Ha fracasado igualmente le Internacional Comunista, en la que tantas esperanzas ciframos en los primeros días de la postguerra, pues tampoco hizo, por culpa sobre todo de sus métodos y de su función ambiente, otra cosa que cosechar desastres. La experiencia ha demostrado que en las filas de los partidos socialistas son muchos los trabajadores que, desilusionados de los métodos reformistas, vuelven a las concepciones tácticas que fueron, en los primeros años de la Internacional, las del socialismo. Aun vencidas las insurrecciones de Viena y Asturias demuestran el espíritu que anima a muchos, muchísimos socialistas. Ya no puede ningún otro partido, ni los comunistas ni nadie, pretender ejercer el monopolio del espíritu revolucionario. Y también en los partidos comunistas hay muchos proletarios que conceden más valor a los hechos que a las etiquetas y que comienzan a desilusionarse de tácticas que se habían considerado infalibles. Es evidente que, entre los elementos sanos, auténticamente proletarios de los partidos socialistas y comunistas se está operando una aproximación. La idea del partido obrero único que el B. O. C. ha puesto al orden del día es, pues, oportunísima y responde a las necesidades de la época presente. No podrán convivir durante mucho tiempo bajo el mismo techo los obreros socialistas que lucharon con heroísmo en octubre y los que, mejor dirigidos, también habrían luchado con valor y el marxista académico y sus amigos. Y si la ruptura—que creo inevitable—entre unos y otros se produce, ¿qué es lo que podría aconsejar a la izquierda socialista y nosotros permaneciésemos separados? La fusión del B. O. C. con la Izquierda Comunista es el primer paso hacia la reagrupación de las fuerzas proletarias en un sólo partido. Claro es que no será éste el único partido que se llame obrero. La derecha socialista creará su partido, que se llamará socialista

y proletario, pero que no tendrá nada de una cosa ni de otra. La Internacional Comunista seguirá manteniendo en todas partes secciones con los efectivos que pueda conservar, pues fuera de su regazo no admite la unificación. Y del anarcosindicalismo, los mejores elementos, aleccionados por la experiencia de octubre vendrán a las filas del partido obrero unificado, mientras otros adoptarán una posición semejante a la de la derecha socialista, siguiendo el camino señalado por Jouhaux en Francia, y otros, en fin, los que se obstinan en no olvidar y no aprender nada, serán barridos del movimiento obrero por los acontecimientos, que son implacables con los que persisten en el error. El partido obrero unificado, cuya primera piedra se está colocando, y bajo cuya bandera nos agruparemos cuando sea el momento oportuno, la izquierda socialista y nosotros con la Izquierda Comunista y los mejores elementos del anarcosindicalismo, del Partido Comunista y de organizaciones como la Unión Socialista de Catalunya, será de hecho el partido único del proletariado español. Los grupos que queden al margen de él estarán condenados a vegetar sin pena ni gloria. En el partido obrero unificado reconocerá la clase obrera el instrumento de su victoria.

Así, pues, querido amigo, adelante. Continúa el camino emprendido. En su breve existencia, puede reivindicar nuestro joven partido el honor de haber iniciado las Alianzas Obreras. Ahora inicia la reunión en un sólo partido de los trabajadores que no rehuyen el cumplimiento de su misión histórica. Cualquiera que sea la suerte que el porvenir reserve al B. O. C., nadie podrá regatearle el mérito de haber prestado al movimiento obrero de nuestro país dos servicios de inapreciable valía.

Te abraza cordialmente

LUIS PORTELA

Fuerte San Cristóbal, Junio 1935.

Hacia la unificación proletaria

Una sola Central sindical

Antes de Octubre el anhelo de unidad de la clase obrera tenía dos vivas expresiones: Frente Unico Sindical y Alianza Obrera. A través de la Alianza Obrera, se va logrando mancomunarse los esfuerzos de los diversos sectores del movimiento obrero. Sindicalistas, socialistas y comunistas, que se acometían como hermanos enemigos, deponían las armas para hacer más eficaz la lucha contra el enemigo común. Tres cuartos de siglo de polémicas violentas, que más de una vez han degenerado en luchas fratricidas, han dejado un sedimento de malquerencias, de odios africanos que se van borrando progresivamente. Octubre ha tenido la virtud de acelerar ese proceso de reintegración del movimiento obrero, de destruir parte de las fronteras que mantenían dividida a la clase trabajadora.

El Frente Unico Sindical ha sido el más eficaz instrumento de lucha en torno del cual se ha movilizado la clase obrera. Ensayado por primera vez en Barcelona con la grandiosa huelga de la dependencia mercantil, en noviembre del 1933, y más tarde por los obreros del gas y electricidad, el Frente Unico Sindical, pronto fué adoptado por la clase trabajadora de un lado a otro de la Península. En Madrid como en Zaragoza, en Valencia como en Asturias, en Sevilla como en Vizcaya, los obreros de la U. G. T. y de la C. N. T., que hasta entonces malgastaban las energías peleándose entre sí, codo a codo luchaban en contra de la burguesía. Todas cuantas batallas planteaba la clase obrera bajo la bandera del F. U. S., eran otras tantas derrotas que se infligía al enemigo.

Leed LA BATALLA

Estos dos casos concretos que señalamos — los nombres de cuyas localidades no los damos por razones comprensibles — si bien tienen carácter localista revelan, sin embargo, el afán del proletariado de unirse, de soldar sus organizaciones de lucha; significan que en las capas profundas de la clase obrera va prendiendo y desarrollándose y que acabará por imponerse la firme voluntad de ir cuanto antes a la reconstitución de todo el movimiento sindical, fusionándose en una sola central sindical las diversas organizaciones y núcleos existentes.

A mediados del mes de marzo último celebraron una reunión representativa de los Sindicatos de Oposición, de los Sindicatos Excluidos de la C. N. T. y de Sindicatos autónomos. En esa reunión se reconoció la necesidad de ir a la unificación de TODO el movimiento sindical en Cataluña. Para ello se acordó iniciar una serie de trabajos encaminados a ese fin. Pues, bien. Los Sindicatos de Oposición, o quienes los dirigen,

han hecho una contramarcha. Han virado en redondo. No es la unificación de TODO el movimiento sindical lo que desean. Según Peiró, López y otros dirigentes de los llamados «treintistas» lo que quieren es la unidad en la C. N. T. Reconstruir, rehacer la C. N. T. Luego, ya veremos. Y claro está, la unidad en la C. N. T. la ven posible poniendo en vigor los acuerdos del Congreso del 31 que, según Peiró, «yacen completamente inéditos o impracticables». De lo cual se infiere—dicho sea de paso y sin malicia—que aquellos acuerdos sólo se aplicaron en el Pleno de Sabadell de mayo del 32 al expulsar a los Sindicatos de Lérida, Gerona y Tarragona. No es de esa manera parcial—parcial y tendenciosa— como, a nuestro entender, se debe enfocar el problema de la unidad sindical en estos momentos. Debe dársele un alcance más amplio, más general. Hay que encaminar los trabajos hacia la constitución de una sola central sindical, destruyendo todas las fronteras orgánicas y de capillita que todavía dividen los diversos núcleos sindicales. El proletariado ha de ir sin pérdida de momento a reagrupar sus fuerzas, a fundir la multiplicidad de sus organizaciones: Alianza Obrera en una escasa nacional. Y una sola Central sindical que aglutine a todos los trabajadores sin distinción de ideologías. A pesar de la contramarcha realizada por los Sindicatos de Oposición, la lucha por la unidad sindical cobrará cada día más empuje porque es necesaria, porque la quiere la clase obrera y porque responde a los imperativos del momento.

Pedro BONET

La crisis capitalista

LA TRAGEDIA DE LA PESETA

La vida de las monedas parece regida por las leyes de la coquete-ria. Solicitadas hoy por todo el mundo son mañana despreciadas. Cuanto mayores parecen sus momentos de placer, mayores son también sus deslices y sus tragedias. Numerosos capitalistas no llegan a comprender el porqué de tamañas travesuras y de semejantes coquetías. Y se comprende. Las monedas ruedan por el mundo desde hace siglos y siglos. Las empleaban ya los fenicios y los griegos antes de la supuesta venida de Jesucristo. Y fueron a partir de entonces el instrumento normal de intercambio. Durante toda la vida las monedas se distinguieron por su seriedad. Eran algo intangible y sagrado. No en vano llevaban la efigie del rey o del emperador y la frase «por la gracia de Dios». Este sentido de responsabilidad lo mantuvieron incluso hasta fines del siglo pasado, durante la soberanía del capitalismo industrial, cuando máquinas y productos eran el exponente de la riqueza. Lo han perdido ahora, precisamente cuando el capitalismo financiero ha pasado a ejercer la hegemonía absoluta. Cuando bancos, empréstitos, rentas y monedas han conquistado los destinos del mundo. Hemos visto el dólar, la libra esterlina y el franco subir y bajar, tambalearse y hacer mil cabriolas. Y, como es natural, no le han faltado a la peseta sus quebraderos de cabeza. Los ha tenido siempre. Mas, porque nuestra moneda no ha tenido nunca vida propia. Hija de una economía retrasada ha vivido siempre de prestado. Ha sido el satélite de otras monedas. Y sobre ella han repercutido no solo los desastres económicos de nues-

tros capitalistas sino también en los flujos y reflujos de las divisas alrededor de las cuales nos movemos. Hoy mismo, cuando la Cámara francesa ha vivido horas de intensa emoción comentando la otorgación de plenos poderes en materia financiera y la posible desvalorización del franco, nuestros capitalistas se han vuelto pálidos como el papel. Los temblores del franco han dado mareos a la peseta. Sabido es que los presupuestos y la moneda son índice de una economía capitalista. Los presupuestos, de las relaciones económicas dentro del país. La moneda, de las relaciones con el extranjero. Un comercio exterior floreciente implica una moneda saneada y recíprocamente. La balanza comercial española arroja en el capítulo de pagos un déficit anual de 300 millones, desde 1931. Cantidad que tiende a aumentar con las restricciones que limitan más y más la exportación de frutas, vinos y aceites, únicos productos casi que podíamos ofrecer al mercado internacional. De hecho la peseta se encuentra estabilizada desde 1931. Su valor actual es de 42 céntimos en relación con la peseta oro. Su aparente estabilidad, mantenida a pesar de las profundas convulsiones políticas vividas, es completamente ficticia. La peseta es un enfermo grave al que hay que tratar con inyecciones de oro. Su estabilidad no cuesta millones cada año. Millones que hay que regalar a los países extranjeros para evitar terribles desastres financieros. Pero estas medidas son superficiales y pasajeras, incapaces de

La burguesía ante el paro forzoso

«Para acabar con el paro obrero, verdadera calamidad nacional, sacaremos el dinero de donde lo hay», decían Gil Robles y sus mesnadas, a sabiendas de que no habían de realizarlo. Las promesas de millones y millones se sucedían ininterrumpidamente ante los rostros atónitos y exhaustos de los trabajadores hambrientos. Cien, doscientos, mil millones... Vorágine de millones iba saliendo, como una alucinación, de las gargantas flamencas, de los picos de oro de los ruseñores metidos a salvadores. En España nunca se ha hecho nada serio, en conjunto, para combatir la crisis de trabajo que tiene sumidos en la más espantosa miseria a miles de seres que no poseen otra riqueza que la fuerza de sus brazos, yertos de tanto no hacer nada. Le República — dice el artículo 46 de la Constitución — asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna. Pero este artículo constitucional ha sido el primero de hecho suspendido por la burguesía española. Nadie se ha atrevido a ahondar hasta la entraña el problema. El llamado Gobierno del «bienio» llevó su acometida revolucionaria hasta mandar, sin orden ni concierto, unos puñados de monedas a unos centenares de pueblos perdidos en los pliegues de la piel de toro ibérica y a crear la sonada décima sobre la contribución. Mas se agotó el dinero, arrojó el boicot de los enemigos del régimen y el hambre acrecentó sus estragos. En Cataluña la Generalidad creó, al son de bombos y platillos, el Instituto Contra el Paro Forzoso cuya eficacia no había pasado del

reclamo de la «Casa-bloc» si no hubiese servido de alcahuete de la Unión Industrial Algodonera, cuyos accionistas ofrecieron unos trastos viejos de más o menos valor artístico a cambio de no ser obligados a desembolsar ni un maravedí de su capital social. El Gobierno Sampedrubl icó en julio del año último — después de haber aplastado con saña la huelga de campesinos, la huelga de los hambrientos — la ley de los 50 millones, pingüe negocio de los banqueros, de esa banca española única en parasitismo. Dicho ley autorizó la emisión de 50 millones de Deuda pública, al 5 por 100 de interés libre de impuestos, precisamente al tiempo en que Marraca, Ministro de Hacienda, rehusaba de la misma banca el ofrecimiento de dinero al 45 por ciento para cubrir la emisión de Bonos del Tesoro del presupuesto de Ingresos por la razón de que «no necesitaba el Gobierno dinero, porque podía ir tirando durante el verano con el margen de descubierta de la cuenta de Tesorería, únicamente haría la emisión sobre base de disponer de dinero barato». El número de obreros parados, según las estadísticas oficiales, pasa de 700.000, dos tercios de ellos obreros del campo. Pero esto son los datos oficiales. Yo conozco personalmente cómo se hacen las estadísticas y cómo funcionan los Registros de las Oficinas de Colocación. Pues bien. Los 200 millones del proyecto Salmón deben ser invertidos en año y medio. Supongamos que esas pesetas fuesen empleadas íntegramente para pago del salario de los obreros que habían de encontrar trabajo por los

efectos de la ley y que el tipo de salario medio es de 10 pesetas. A base de esta cuenta generosa tan sólo encontrarían empleo 42.735 obreros. Seguirían holgando más de 650.000 trabajadores. Más claro. Si se repartieran por igual los 200 millones de pesetas entre todos los obreros parados, correspondieran doscientas pesetas a cada uno, con las cuales habrían de atender a sus necesidades durante año y medio. Doscientas pesetas para 547 días. Y el presupuesto indispensable para poder vivir una familia compuesta de cinco personas, tan sólo en alimentos, es de NUEVE pesetas cada día. Pero es el caso que en el repartimiento de los millones intervienen los zánganos: contratistas comisionistas, etc. Hay que calcular en un 25 por 100 lo deducible por costo de distribución y beneficio industrial. Añádase, además que hoy la capacidad de rendimiento de las factorías y centros industriales con las actuales plantillas de personal, es muy superior a la demanda del mercado, en detrimento de la colocación de obreros parados. De la distribución de los millones proyectada por el ministro de la C. E. D. A. hay dos puntos que conviene recoger. Se destina un millón para la Caja contra el paro. Esto es, mientras para el subsidio de un millón de parados se «incrementa» por una sola vez los fondos de la Caja en un millón de pesetas, para el pago de haberes de 31.000 curas se destinan 174 millones de pesetas anuales. Parece que el proyecto Salmón ha merecido apenas el asenso de sus correligionarios. También los banqueros, si no lo rechazan, o-

resolver la situación de un capitalismo nacional, estancado y corto de vista, que vive de la renta y de la usura. Sus fallas aparecen siempre que, como hoy, se abre una grieta en el mundo de las finanzas internacionales. La crisis actual del franco puede provocar un hundimiento parecido al de finales de la dictadura del general Berenguer. Un empuje cuesta abajo que terminó con una catastrófica vuelta de campana. Con la pérdida del 50 por ciento del valor de la peseta y con las inquietudes que abrieron las puertas de la República. Hace una semana, ante los primeros síntomas de mareo que sufrió la peseta aparecieron Calvo Sotelo y Ventosa en el Parlamento con sus tabletas de aspirina. Uno y otro representan dos grupos de capitalistas, bien definidos: Calvo Sotelo el de los simples financieros y rentistas; Ventosa el de los rentistas con ribetes de industriales. Calvo Sotelo y Ventosa son contrarios a la desvalorización de la peseta. Y es natural. La desvalorización favorece únicamente a una industria potente y en tiempo de crisis. Significa una disminución de los precios de los artículos, por tanto posibilidades de competencia en el exterior, y una disminución del poder adquisitivo de los jornales obreros. Calvo Sotelo aboga por la política de la dictadura, por su propia política, por la de mantener la estabilización mediante nuevas exportaciones de oro. Es la política de los rentistas. No hay que olvidar que más de la cuarta parte de los ingresos del presupuesto se destinan a pagar 1.059 millones de interés de una deuda pública que sube miles de millones. Es natural que toda desvalorización de la peseta significaría una pérdida catastrófica para estos usuarios. Ventosa, partidario también de la estabilización aboga, por un saneamiento comercial. Favorecer las exportaciones y disminuir las importaciones. Limitar el déficit al mínimo posible. Es portavoz de unos industriales sin horizonte, que han nacido y vivido siempre bajo la protección oficial.

nen por lo menos sendos reparos. Es lógico, pues, suponer que de la discusión parlamentaria saldrá redondeado. Desean aquellos que el proyecto sea más intensivo (más millones) y que sea financiado de empréstitos. ¿De qué va a serlo, sino, aunque se consignent los créditos en los presupuestos generales del estado, si estos, desde 1932, vienen siendo nivelados con emisiones del Tesoro? Porque pensar que el gobierno de los terratenientes pueda decidirse a buscar los recursos en los hilos de la ocultación de la riqueza sería un dislate candoroso. Es que no tiene remedio el problema del paro forzoso? Claro que sí. Pero no puede remediarlo la burguesía, como la vejez no puede evitar la debilidad senil, a pesar de los injertos. Y además de que se trata de un mal congénito del sistema económico, hay que añadir la agravante de que quien maneja el timón de la nave es la C. E. D. A., partido cuyos objetivos son los de restablecer a todo trance todos aquellos intereses y privilegios que, habiendo llevado a España a la bancarrota, supusieron habían perecido en abril de 1931. En un país en donde todo está por hacer, el paro obrero no tiene justificación posible ni bajo la dominación de la burguesía. INDIGETA

Notas sin importancia

LAS VOLTERETAS DE UN SALTIMBANQUIS

Estos últimos días, en Madrid, Oscar Pérez Solís ha dado una serie de conferencias ante una «selección concurrencia» de señoritos y señoritas fascistas—no es el traje el que establece la diferencia— a propósito del «marxismo por dentro». Y con el natural regocijo de sus auditores, ha explicado con abundantes detalles y observaciones las «interioridades» y los «misterios» de las organizaciones marxistas. Lo que Pérez Solís se ha descuidado de decir es la anécdota «marxista» siguiente, que claro está, es un dato interesante para la historia del «antimarxismo por fuera». Oscar Pérez Solís se encontraba en Bilbao allá por el año 1922, dirigiendo a los marxistas, adoptando posiciones valientes de capitán. Porque Pérez Solís ha sido siempre capitán. Primero fué capitán del ejército de Alfonso XIII. Después, en el seno del movimiento obrero, capitán Araña. Pérez Solís, acostumbrado, en razón de sus ocupaciones bélicas a manejar el sable, constató que su arma se había mellado y que la mayor parte de las veces tenía que ponerla en la vaina, sin haber ganado batallas. El sable y la vaina — el vaina—eran consubstanciales en tan bizarro capitán. Entonces dos o tres muchachos, enardecidos por las arengas de don Oscar, y con objeto de hacer una obra de misericordia: «dar de comer al hambriento»—pues Pérez Solís siempre ha sido muy cristiano y muy misericordioso—asaltaron un tren y se apoderaron de unas treinta mil pesetas que sirvieron para alimentar a cierto hambriento y sediento personaje. Durante algún tiempo, con gran extrañeza de los afectados, se constató que el sable de Pérez Solís no salía de la vaina. Cuando se agotaron las provisiones, Pérez Solís buscó nuevamente a muchos decididos y valientes, como el Martín Zalacain de la novela de Pio Baroja, para que le ayudaran y le consolaran en sus crisis de conciencia que llegaban al paroxismo cuando el bolsillo estaba exhausto. Pérez Solís era demasiado conocido por «dentro». Y nadie acudió en su ayuda. Es decir, nadie no. Acudió el Padre Gafó a consolarle. Y el consuelo paternal—a parte de lo que pasara «por dentro»— se tradujo en una plaza de inspector provincial del Monopolio de Petróleo. Muy espiritualmente, Pérez Solís había dejado de ser marxista.

Hace poco murió en Baleares, en donde se encontraba radicado como enfermo, el jefe neo-socialista francés, Pierre Renaudel. Pierre Renaudel, diputado desde hacía muchos años, había sido veterinario antes de dedicarse a la política. En una ocasión, en París, hace de esto bastantes años, le fué presentado un cierto político español muy conocido entonces y más ahora todavía. El político español, muy dicharachero, locuaz y vanidoso se jactaba de saberlo todo. Renaudel, algún tanto picado de tenerse que haber con un hombre tan formidable, dijo: —Yo no soy más que un simple veterinario, para servirle a usted. El político español fanfarrón y entrometido, no comprendió hasta más tarde el piropo que le había suministrado el socialista francés. CRITICÓN

Leed y propagad L'HORA

LA REVISION CONSTITUCIONAL Y EL PROLETARIADO

«Dadme una Constitución y lo demás lo harán los trabajadores de Alemania», decía Lassalle a Bismark, en una época—reciente todavía la publicación del «Manifiesto Comunista»—de pleno auge del capitalismo industrial y mercantil. Pero había aún entonces en Europa fuertes reductos del absolutismo monárquico y del poderío feudal decadente, que oponían una barrera de intransigencia a las libertades y garantías democráticas que predicaba la burguesía. La nueva clase proletaria, por boca de sus dirigentes más esclarecidos, afirmaba que tenían que apoyarse estas aspiraciones progresivas de la burguesía, para poder deslindar bien los campos y así, sobre la realidad del dominio de la burguesía industrial, poder el proletariado, a su vez, volverse contra ella y plantear de una manera clara, directa, sin estorbos, la lucha por la conquista del Poder. El desarrollo desigual de la Historia ha producido dos tipos de sociedad en las cuales el proceso constitucional ha seguido diferente rumbo. Mientras Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, etcétera, bien por las sacudidas sangrientas de la revolución de la burguesía industrial y mercantil, apartaban definitivamente del poder político a las fuerzas feudales y elaboraban una Constitución que cimentara, amparara y defendiera, con razones jurídicas y fuerzas materiales, sus privilegios de clase, en otros Estados — como el español — continuaban predominando las fuerzas del feudalismo aun a través de simulacros de Constituciones más o menos democráticas. De las Cortes de Cádiz acá, los pueblos hispanos en su lucha ininterrompida para darse una Constitución — una Carta de garantías que no admite el despotismo feudal — no respondían a otra aspiración que a hacer aquella transformación política y económica que habían realizado por toda Europa

las respectivas burguesías durante el siglo XIX. Mas todos los intentos se frustraron. La revolución no triunfó. Y la Constitución de la Restauración (1876), a pesar de ser tan poco liberal y democrática, ni tan sólo fué aplicada, porque las fuerzas económicas que sostenían a la Monarquía y que tenían en sus manos los órganos del Estado, eran mucho más reaccionarias que la propia Constitución. Sin embargo, sino triunfó la revolución, las fuerzas económicas de la burguesía industrial, aunque lentamente, se fueron desarrollando e incrementando. Las rentas de la misma propiedad agraria afluían a la banca y ésta para sacar mayores beneficios empleó parte de ellas en dar crédito a la industria. Y como resultado de todo esto, nació el proletariado industrial. Feudales y burgueses entrelazaron, en cierto modo, sus intereses. Como resultado, la burguesía disminuía sus ímpetus revolucionarios. Las fuerzas feudales le hicieron pequeñas concesiones económicas y le dieron una cierta participación en el Poder. Todo, pues, contribuyó a castrar a la burguesía como clase y le ha privado de llenar plenamente, en la época en que debía hacerlo, su cometido histórico: barrer la monarquía feudal e instalarse «como clase», en el Poder. Todos los movimientos constitucionales españoles habidos desde 1812, no han podido triunfar, debido al miedo de la burguesía a hacer su propia revolución. Todos ellos casi, en vez de ser movimientos amplios de opinión civil, han sido algaradas militares. La «gloriosa» de 1868, que es la que tenía más aliento popular, fué de hecho estrangulada por Prim. Y la república del 1873 nació demasiado anémica para arraigar y su fuerza mejor—los movimientos cantonalistas y el intento de proclamación del Estado Catalán—fueron combatidos señudamente por los propios republicanos. Pi Margall confesó

años después, que se había equivocado combatiendo estos movimientos. Cuando en abril del 1931 advino la segunda república, ésta de hecho no fué ya traída por la burguesía liberal, sino por el empuje arrrollador de las masas obreras. En el campo histórico existía ya, bien caracterizada, en 1931, otra clase social: el proletariado. Con todo, a la burguesía se le separó, entonces, una ocasión magnífica para hacer «su» revolución. El proletariado y las clases explotadas no habían pasado aún en 1931 por la experiencia del Estado liberal y democrático en manos de la burguesía. Aunque existiera el proletariado, éste no tenía en realidad, conciencia clara de su fuerza. Además, estaba profundamente dividido en dos grandes sectores: socialistas y anarco-sindicalistas. No se había hecho suyo, como reivindicación específica de su clase, el problema de las nacionalidades ibéricas. Ni por otra parte, ligado su movimiento al de los explotados de agro. Todos estos factores impedían que por aquel entonces el proletariado se hiciera dueño del Poder y fuera él quien acometiera la revolución democrática como paso previo para hacer la revolución socialista. Estas circunstancias no fueron aprovechadas por la burguesía para lanzarse audazmente a cumplir el programa revolucionario democrático y aplastar para siempre el poder económico de los feudales, ya que ese poder económico que aun está intacto — basado en el latifundismo — lo que le da influencia política. En las Constituyentes, la burguesía perdió el tiempo lastimosamente entre el farrago encendido de sus discursos estériles. Creyeron aquella estupidez de Maura de «hacer la revolución desde arriba»... Desde arriba no se hacen nunca las revoluciones. A lo sumo, lo que se puede hacer desde arriba cuando en el Poder hay representantes de una clase revolucionaria, es fomentarla, dirigirla, encauzarla. Pero la revolución, siempre se hace abajo. Mas las Constituyentes no hicieron esto, sino todo lo contrario. Aprovecharon la colaboración de los socialistas para estrangular, con las fuerzas coercitivas del viejo Estado feudal que continuaban intactas, la revolución que latía abajo. Todo su esfuerzo

se concentró en hacer una Constitución que fuera «quimicamente pura». Dió muchas garantías y abrió muchos caminos sobre el papel, pero no dió soluciones prácticas y reales a ninguno de los muchos problemas planteados, para que hicieran cambiar radicalmente y en seguida, la estructura económica del país. Durante la república, la clase obrera y los campesinos pobres, se han dado cuenta de la incapacidad de la burguesía. Con el alejamiento del Poder del Partido socialista y gracias a la consigna justa del Bloque Obrero y Campesino de hacer la «unidad de acción» del movimiento obrero, éste ha hecho grandes progresos en este sentido. Ha recobrado su confianza en sí mismo. Los anarco-sindicalistas han empezado a rectificar su aislamiento y los socialistas, desengañados de su colaboracionismo estéril ya no creen la tontería de Lassalle que con una Constitución en la mano, la clase obrera pueda lograr su cometido histórico: implantar el Socialismo. Las fuerzas feudales han arrojado del Poder a la burguesía y antes de que se hubiera consolidado la unificación del movimiento obrero han atacado también a éste. Pero estaba ya demasiado fuerte y si bien en parte lo han vencido — y con la ayuda de la burguesía de derecha y de izquierda — no han podido aplastarlo. En contra tiene sólo las escasas fuerzas de la pequeña burguesía liberal (mermadas por los que siguen al Partido Radical que es también partidario de la revisión constitucional), que, si bien divididas entre sí, parece que coinciden en considerar intangible la Constitución vigente (?).

La lucha va a entablarse, pues, en torno de la Constitución, entre revisionistas y antirrevisionistas. La Constitución es sólo un trozo de papel, si detrás de ella no está la fuerza para garantizarla. La Constitución actual no es defendida ni por las fuerzas económicas feudal-capitalista, ni por las de la clase obrera que ven que tampoco es «su» Constitución. ¿Qué fuerza tiene la pequeña burguesía para defenderla? No la tiene económica y por tanto no puede tenerla política. La que hasta hace poco parecía que

Ojeando la prensa obrera *Revista de libros*

DESAPARICION DE «SOLIDARIDAD OBRERA»

«Solidaridad Obrera», el órgano anarquista, ha tenido un fin poco heroico.

En octubre, al día siguiente de los acontecimientos, la «Soli» continuó publicándose como si nada hubiera ocurrido, y haciendo declaraciones repetidas de que ellos —los que redactaban aquella hoja— ni por asomo habían tomado parte en lo ocurrido aquellas jornadas.

A cambio de ser buenos chicos, quisieron garantizarse un trato de favor. Y lo tuvieron, en efecto.

Pero pasaron los meses. Y la prensa equívoca empezó a carecer de base real. El público se apartaba de ella. «La Tierra», de Madrid, el periódico de Cánovas Cervantes, puesto siempre al servicio de intereses inconfesables, empezó a comoverse. Y «Solidaridad Obrera», también.

La «Soli», voluntariamente, dejó de publicarse.

¿Qué había ocurrido? Se quiso justificar tal medida diciendo que era a causa de la censura.

Es decir, que la «Soli» había disminuido grandemente su venta, cosa que los redactores del órgano anarquista atribuirán a la censura. Y, sin embargo, no era precisamente la censura la que determinaba las achacas económicas de «Solidaridad Obrera». Prueba de ello es que en 1930, que también había censura—época de Berenguer—, la «Soli» alcanzó una tirada que ni remotamente ha tenido en sus últimos tiempos.

Si los lectores se apartaron de «Solidaridad Obrera» no fué precisamente por la censura, sino porque el periódico no representaba, en realidad, el pensamiento de quienes habían de comprarlo.

La desaparición voluntaria de «Solidaridad Obrera» es un indicio interesantísimo de la evolución que se ha producido durante estos últimos años en la conciencia de las masas obreras. «Las revoluciones enseñan», dijo Lenin. En efecto, durante estos cinco años últimos las masas obreras han aprendido enormemente. Han aprendido a no ser anarquistas.

Después de la experiencia de estos últimos tiempos y sobre todo después de la de Octubre, los trabajadores han evolucionado. El anarquista que evolucionaba de ser anarquista. «Solidaridad Obrera» ha dejado de publicarse.

«EL PELIGRO COMUNISTA!»

Pero si la «Soli» no se publica, aparece, en cambio, «Tierra y Libertad».

Y, claro está, una de las cuestiones capitales que preocupa a los redactores del semanario anarquista son los comunistas.

«Es cosa—dice—dura hacer que un comunista reconozca la pequeñez de su propio movimiento orgánico. Al comunista interesado no le conviene confesar esa verdad indiscutible, y para evitarlo sale del aprieto de la discusión con mil embustes y dos mil insultos. El comunista de buena fe se le dice tal cosa, porque—según él—es imposible que un movimiento chico e integrado por obreros, que son los únicos víctimas de la crisis, puedan editar periódicos diarios, semanales, discretos, clandestinos, folletos, hojas, hojas volantes, etcétera, etcétera, siendo así que todo esto cuesta un dineral. Según ambos, el movimiento comunista—incluimos aquí a los diversos partidos de la misma significación—es un movimiento grandioso, un movimiento de masas, magnífico, y con tendencia a adquirir proporciones inigualadas por ningún otro sector del movimiento proletario.

Y hete aquí que, cuando ya comenzábamos—es un decir—a creer

en los argumentos del segundo, del ingenio, nos hallamos con la consigna de marras. Claro que lo que éste no acierta a explicarse en su ingenuidad, tiene una explicación muy lógica y muy clara, y que por lo clara y lógica, nos abstendremos de reseñar; pero aun conociéndola había que creer en la grandiosidad del movimiento, si se tenía presente la existencia de una C. G. T. U. de los comunistas oficiales y el B. O. C. de los extraoficiales, amén de otras cosas no menos importantes de los otros sectores comunistas.»

La «consigna de marras», a la que se refiere «Tierra y Libertad» es nada menos que la «conquista de la C. N. T.».

Están tranquilos los inquietos anarquistas. El B. O. C. no quiere conquistar la C. N. T. Y no quiere conquistarla porque esto no es posible. Los anarquistas han hecho de la C. N. T.—organización sindical—un feudo exclusivo y no toleran que nadie que no piense como ellos intervenga en sus sindicatos. Lo que queda vivo de los antiguos sindicatos de la C. N. T. es precisamente aquella porción de movimiento sindical que supo colocarse a tiempo al margen de la C. N. T.

¿Y piensan verdaderamente los anarquistas que ahora nosotros pensamos hacer a su lado otra dura experiencia?

Ni remotamente. Es la hora de reorganizar la C. N. T. sino de trabajar por la unidad sindical.

¿Una Central Sindical Única! Esa es nuestra consigna.

¿QUE PRETENDE EL B. O. C.?

Conste que nuestro partido no sólo cuenta con adversarios entre los anarquistas.

Nos ha sorprendido, por ejemplo, un largo artículo de «El Obrero Balear», semanario socialista que se publica en Palma de Mallorca.

A los camaradas, buenos amigos nuestros, que redactan aquel periódico no les cabe en la cabeza que el B. O. C., que cuenta con muchos simpatizantes en las Baleares, hagan propaganda por aquellas tierras en favor de la unificación marxista.

Comentando un artículo de nuestro camarada Bauzá, defendiendo la conveniencia de la constitución de la Alianza Obrera, dice «El Obrero Balear»:

«Lo que no nos explicamos es que a estas alturas se constituya una entidad comunista cual es el Bloque Obrero y Campesino de Palma, cuyo primer postulado es, al parecer, la unificación de los partidos marxistas. Si hay que unificar las fuerzas marxistas y se reconoce que la Agrupación Socialista de Palma no sólo es marxista, sino la entidad más antigua y numerosa dentro del marxismo en esta localidad, ¿no es una contradicción, reconociendo estas circunstancias, como lo hace el camarada Bauzá, la constitución de ese Bloque Obrero y Campesino, sobre todo, después del resultado negativo de las organizaciones sedicentes comunistas en esta Isla y de las nuevas orientaciones de la política soviética? ¿No significa esto crear previamente el mal para luego justificar el remedio? No sería más práctico y eficaz suprimir el mal y prescindir del remedio, ingresando con toda dignidad en la Agrupación Socialista cuyo marxismo, que reconoce el camarada Bauzá, nadie puede negar?»

«O somos marxistas o no lo somos. Si lo somos, una sola entidad debe cobijar a todos y ésta debe ser, por derecho natural, la más antigua y numerosa, salvo, claro está, los organismos juveniles.

«Todo lo que no sea esto, es esforzarse inútilmente para sostener lo insostenible.»

Los camaradas socialistas de Palma creen que porque son los más

antiguos como organización, tienen derechos adquiridos y que no hay derecho, por lo tanto, siendo marxista, a permanecer fuera de su Agrupación. ¡Original punto de vista! La misma lógica pudiera ser empleada para argumentar que los más antiguos en la organización son los que tienen derecho a dirigirla y los más jóvenes se han de conformar con obedecer.

¿Se harían suya esta peregrina tesis los jóvenes socialistas?

Una cosa es ser partidario de la unificación marxista—y lo somos—y otra muy distinta serlo de la adhesión o absorción. No es exactamente lo mismo.

Nosotros queremos la unificación marxista, un partido marxista único.

Prender que todos los marxistas ingresen en el Partido Socialista es una utopía.

Y no lo es, sin embargo, la unificación.

Si el parecer de los compañeros socialistas de Palma prevaleciera, en Cataluña todos sus correligionarios deberían ingresar en las filas del B. O. C.

Y nosotros no pedimos eso, sino algo que es sencillo, asequible, justo y razonable: Unificación marxista. ¡Partido Único!

CONTRA EL PARTIDO UNICO

Los socialistas de Palma no están muy satisfechos con eso del Partido Único.

Pero los sindicalistas de Manresa—no todos, claro está—lo están menos todavía.

Prat, destacado militante del sindicalismo revolucionario de Manresa, con un tacto y una intuición que desconciertan, habla de la «último consigna en la agonia del intruso histórico», en un artículo de «Sindicalismo», de Valencia.

Prat, sin mencionarnos, habla con desprecio del Partido que ha lanzado la idea del Partido Único. Se refiere a nosotros, aunque cree prudente callar el nombre.

Dice nada menos que esto:

«Frente Único, Partido Único. Fórmulas y frases de relumbrón y hasta de cierto resultado, cuando en los mítines de plaza pública se sabe explotar tan bien el sentimentalismo de las masas. Fórmulas y frases completamente vacías de sentido y contenido, puesto que están muy lejos de significar unidad de acción de la clase obrera que se hará dentro de los Sindicatos en el marco táctico y doctrinal del Sindicalismo, al margen de los partidos, que son la rémora y el corrosivo precisamente, o la unidad de clase será eternamente desnaturalizada e imposible su completa realización.

Y además, para llegar a eso... para veros finalmente obligados a buscar la síntesis, a someteros a la obligada prueba de integración, especuladores constantes del movimiento obrero, habéis alimentado, con vuestros pliegos de clase, la guerra fratricida, lanzando a unos trabajadores contra otros durante largos años...»

Como se ve, la pluma de Prat si no se parece a un cepillo que venga el puercu espin y lo diga. Está enriada, puntiaguda, áspera.

Pero eso no es todo. Más adelante continúa:

«Vuestra consigna de Frente Único es vuestro canto del cisne. El Partido Único es un sofisma con el que ninguno de nosotros cree.

«Partido de «clase»! ¡A la hora de morir, del repliegue sobre vosotros mismos, se ensancha la perspectiva del Sindicalismo Revolucionario!»

Prat cree que los partidos obreros, sobre todo los defensores del Partido Único, son «la rémora y el corrosivo...»

Mas a uno se le acude preguntar, ¿porqué los Sindicatos de Oposición, a los que pertenece Prat, permanecen en la Alianza Obrera en

la que están representados esas «rémoras» y esos «corrosivos»?

En el mismo número de «Sindicalismo» en el que Prat arremete con toda la furia contra los partidos que constituyen la Alianza Obrera, y sobre todo contra el «intruso histórico», diciendo que en la hora de morir los partidos de clase se «ensancha la perspectiva del sindicalismo revolucionario», otro sindicalista destacado, Tronchoni, menos seguro del sindicalismo que Prat, dice que precisa unir el proletariado «hasta realizar la síntesis de clase, si no en los Sindicatos como debiera ser, en una gran Alianza Obrera.»

¿Quién descalifica a quién? ¿Prat a Tronchoni o éste a aquél?

Porque si la gran síntesis ha de ser la Alianza Obrera—y estamos de acuerdo—, ¿no teme Prat que sea un proceso sintético corrosivo, es decir, una verdadera rémora?

OASIS

En medio de toda esta agitación y campaña subrepticia contra nuestro movimiento, llegamos, atravesando el desierto o el «prat» que es lo mismo—, a un oasis. Dos periódicos obreros nuevos, heraldos de una mejor comprensión y de las promociones obreras que tienen la fortuna de no llevar el lastre del pasado: «República», de Mieres y «Polemica», de Lérida.

Pero en este oasis agradable descansaremos un momento la semana próxima.

LECTOR

Las fábulas del errabundo

por Tomás Meabe (Ediciones Leviatán—Madrid—242 páginas, 4 pesetas).

«Leviatán», la revista dirigida por Luis Araquistáin, ha comenzado, con gran acierto, a publicar las obras completas de Tomás Meabe. Meabe tiene ante el proletariado español una doble importancia: fué el fundador de las Juventudes Socialistas y fué asimismo el mejor literato que ha tenido nuestro movimiento obrero.

La edición de los escritos de Tomás Meabe esparcidos por la prensa obrera era de gran necesidad. Los trabajadores, y sobre todo la nueva promoción obrera, necesitan conocer, saborear, las páginas hermosísimas henchidas de un fuerte espíritu de clase, de una indomable rebeldía y de un sentimentalismo repleto de una gran emoción humana de Tomás Meabe. La labor emprendida por «Leviatán» es meritísima.

De «Las Fábulas del errabundo» reproducimos una de las parábolas de Meabe.

EL SONAMBULO

Un hombre se tumba en un banco. Parece cansado; tiene mal color; mira a derecha e izquierda; luego clava los ojos en el suelo; al fin, se duerme, parece que se duerme. Un vago, de fijo; o un beodo. Dos guardias, uno secreto y otro



TOMAS MEABE

no secreto, le vigilan; hasta que se cansan; entonces lo detienen. ¿Quién la manda dormir ahí?

Lo llevan, lo cachean. El hombre se deja llevar, se deja cachear. Le preguntan; no responde. Se hará el mudo.

Documentos, no tiene. ¡Malo! ¿Dios sabe quien será!

Pobre y vago, no puede idear cosa buena. El pobre que no trabaja, mendiga o roba. Son las dos maneras que tiene de no morir. Hasta para trabajar tiene que mendigar. Y éste no trabaja, no mendiga. Es, pues, un sospechoso.

La policía tiene su lógica. Este hombre—dice—no puede durar mucho sin pecar... Luego...

A la cárcel de quinceña. ¡Eche usted por delante!

En el mismo instante, en el mismo pase, unos señoritos rien.

Un policía los mira y no puede estar sin reírse.

Rien, rien, no paran de reírse, sobre todo cuando pasa una costurera. Todos, de verlos reír, rien.

¿Que será? Algún chiste, alguna flor, alguna injuria. Cosa de jóvenes.

Pasa una moza. Saluda; quiere también reír; no puede. Un señorito dice a otro:

—¿Cayó, eh?

Nuevas risotadas.

La moza aquella la conozco. Vivía enfrente de mi casa. Era laboriosa, cantaba todas las mañanas al regar las flores, y le gustaban las novelas de mucho amor, esas novelas que empiezan bien, luego hacen llorar y, al fin, a fuerza de amor, terminan como es debido.

Vivía con su padre, un cargador del muelle, y con su hermano. Ahora vive sola.

¡Ha caído!

Ha caído, y su novela de mucho amor está terminando; está terminando entre las risas de unos señoritos. Ha caído. ¡Hasta dónde rodará, hasta dónde!

—Una conquista—dice un hijo de familia.

—Mira que tiene hermanó — dice otro.

—En Melilla—agrega un tercero.

—Tal vez ha muerto—aventura un cuarto.

Más risotadas.

Leed LA BATALLA

De pronto, gritos, gritos, se oyen gritos: —¡Padre!, ¡padre!, ¡padre!

—Cae una mujer al suelo. Y el hombre sospechoso se adelanta entre guardias, como dormido, con ojos de pesadilla, enormes, fijos en el cielo.

GIRONELLA.

CRONICA INTERNACIONAL

El franco en el banquillo de los acusados

Sabido es que si la política mueve el mundo, la economía determina el rumbo de esta política. Por si quedaban dudas ahí tenemos el ejemplo reciente de la República francesa. Caída del Gobierno Flandín. Caída espectacular del Gobierno Bouisson. Fracaso de Herriot, Pietri y Yvon Delbós para formar Gobierno. Nuevo encargo a Mr. Laval. Horas de pánico en el mundo de las finanzas. Horas de inquietud en las fábricas y en los talleres. Industriales y funcionarios; ex-combatientes y campesinos; partidos organizados y organizaciones, el país entero movilizad por las travesuras y las coquetías del franco.

El oro marcha de los sótanos de los bancos de Francia. Buques salidos de los puertos del Atlántico cruzan el mar llevando en sus barrigas fortunas de miles de millones. Ese dorado judío errante de los tiempos modernos marcha en busca de rincones más seguros. Huye de la profunda crisis económica y financiera que conoce el país vecino desde hace unos cuantos meses. Su fuga plantea problemas de una extraordinaria gravedad. Francia se encuentra en uno de los más peligrosos recodos de su historia.

El presupuesto francés es de 48 mil millones. Las dificultades económicas han ido acumulando gastos. Sólo los de carácter extraordinario han llegado a los diez mil millones, que unidos a los 4.000 del déficit ferroviario y a otros 4.000 del normal, dan un conjunto de 18.000 millones, suma demasiado elevada para un presupuesto de 48.000 millones. Esto, unido a la disminución creciente de la balanza comercial, ha provocado el pánico financiero y la actual hemorragia del metal amarillo.

Dos únicos caminos quedan abiertos: o se afronta la deflación del gasto, el déficit presupuestario y comercial, o se desvaloriza la moneda. He ahí el problema planteado ante el Parlamento y lo que para nosotros es más interesante,

los partidos del proletariado frances. No hay duda que para los diputados socialistas y comunistas el dilema es, más que doloroso, trágico. Los Gobiernos que se forman piden, tanto para detener el déficit como para desvalorizar el franco que se concedan plenos poderes. Únicamente un poder fuerte puede dictar normas y leyes capaces de llegar a una relativa solución. Esta es la opinión de las derechas parlamentarias y fascistas, que buscan la ocasión de montarse sobre las espaldas de la clase trabajadora. Y esto ha podido evitarse de momento por la acción enérgica y decidida de los grupos comunistas, socialistas y el ala izquierda de los radicales socialistas. Pero el cómputo de espera debe cerrarse. Un país como Francia no puede vivir de interinidades mucho tiempo. Hay que llegar a una solución definitiva.

Deflación de los gastos o desvalorización del franco; hay que decidirse. Y en esta decisión va la tragedia. Consecuencia inmediata de la desvalorización es el hundimiento de los jornales de los trabajadores. Es la disminución del poder adquisitivo del franco. Es la miseria de miles y miles de campesinos. Consecuencia inmediata de la deflación es la reducción de los gastos públicos. Es la disminución del sueldo de los funcionarios y de las pensiones de los ex-combatientes. Este es el trágico dilema planteado y de la democracia pequeño burguesa.

Queda otra solución, la proletaria, la justa. El marasmo actual es hijo de la crisis y de las contradicciones capitalistas. Una socialización de la banca y de los grandes «trusts» industriales abriría nuevas perspectivas a la riqueza nacional y, sobre todo, produciría enormes economías al Estado permitiendo enjugar el déficit actual. Estas medidas y las que se desprenden de una política verdaderamente antimilitarista son las únicas capaces de dar soluciones efectivas al problema.

GIRONELLA.

tenía, era la que le prestaba la clase obrera ya indirectamente volandola, ya, indirectamente, aliándose con ella como hacía el partido Socialista, lo que siempre era más digno.

La pequeña burguesía tiene conciencia de su debilidad externa, y por esto lanza insistentemente sus llamadas apremiantes de socorro a la clase obrera. «¡Hasta los comunistas pueden entrar en este frente!», decía con angustia Alomar. Para atraerse a los socialistas les presentan como un acierto la obra común que hicieron en las Constituyentes, y que fué la más tremenda equivocación que cometieron. Les dicen que no pueden desolidarizarse de lo que contribuyeron a crear. Pero cabe preguntarse: ¿qué obra se hizo? ¡Emborronar papeles y ahondar las diferencias del movimiento obrero! ¡Discursos que se ha llevado el viento porque no respondían a ninguna realidad!

Olvidan cuidadosamente de decirles, ¡que fueron ellos una ayuda para arrojarse a los socialistas del Poder! ¡No quieren recordar que han dejado destruír toda esta «obra»! ¿Qué queda, señores republicanos de izquierda, pequeña burguesía parlanchina, de todos aquellos proyectos tímidos, leyes vacilantes que aprobásteis?

¡Salvar la Constitución! Bien. ¡Que la salven, que se batan por ella los que la creen suyas, los que se sienten con ella identificados! Esta Constitución de la que apenas hemos gozado, fué, por parte de los socialistas, una dejación casi completa de su mismo programa reformista. En pago de su dejación de principios programáticos — porque creyeron adaptable aún en España el precepto caducado de Lassalle — los arrojaisteis del Poder. Con las leyes suplementarias que contribuyeron a implantar, los habéis atacado, echado fuera de la ley, intentado destruirlos. ¿Se quiere demostración más patente de que entonces se equivocaron?

Pero aún hay más. Los socialistas desde su salida del Poder, no se han estancado. Han evolucionado. Su pensamiento actual, no responde ya a los postulados de esta Constitución que ahora se quiere reformar. Han cancelado definitivamente todos sus compromisos anteriores. Son libres. Optan hoy por una Constitución diferente...

En este ciclo revolucionario que hemos atravesado y que no está cerrado aún, el proletariado y los explotados del campo, han hecho progresos políticos considerables. La experiencia les ha enseñado muchas cosas. Su capacidad de comprensión ha aumentado enormemente. El vendaval de los acontecimientos — decepciones, dolores, sangre... — se han llevado ya las ilusiones democráticas de 1931. La Historia no se repite nunca exactamente y menos después de lo que ha pasado. Un nuevo 14 de abril es ya imposible. El mundo no se detiene.

Anarquistas, sindicalistas, socialistas, han tenido que rectificar muchas cosas, aleccionados duramente por los hechos. No se puede volver atrás, sino marchar, junto con nosotros, los comunistas del B. O. C. que habíamos previsto todo este inevitable proceso histórico, hacia adelante.

Va a plantearse otra vez el problema constitucional. ¿Cuál va a ser nuestra posición en este pleito? Inhibirse no, porque no puede sernos indiferente este problema que nos atañe también a nosotros directamente.

Feudales y gran burguesía son partidarios de una revisión, que por los antecedentes que tenemos, pretenden simplemente con la excusa de la «revisión», anularla totalmente.

La clase obrera debe ser partidaria de hacer una nueva Constitución, que sea radicalmente contraria a la antítesis de la que pretenden y propugnan los feudales y capitalistas.

Según lo que preceptúa la actual Constitución, ésta para ser reformada antes de los cuatro años, necesita que la reforma a propuesta del Gobierno o de la cuarta parte de los miembros del Parlamento, sea aprobada por «las dos terceras partes de los diputados en ejercicio del cargo», y de la mayoría absoluta en lo sucesivo», de decir cuando la vigente Constitución tenga más de cuatro años de existencia.

Como las fuerzas que propugnan la revisión constitucional no cuentan en el actual Parlamento con los dos tercios de diputados que exige el art. 125 de la Constitución, según dice otro apartado del mismo artículo, para tirar adelante la reforma proyectada, tienen que disolver las actuales Cortes, una vez éstas hubieran acordado la reforma después de

presentar una propuesta en la que se señale concretamente el artículo o los artículos que hayan de suprimirse, reformarse o adicionarse.

En este caso, cabe decir que las próximas elecciones, tendrán un carácter eminentemente constitucional.

Y esto es lo que hay que evitar. Si la Constitución dice en su artículo 1.º: «Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo», es éste quien tiene que decidir y no que sean unas Cortes que están en pugna con la gran mayoría de la opinión pública —y por esto no quieren disolverse, por que la temen— la que redacte la nueva Carta constitucional.

Las derechas propugnan una revisión, que es una derogación total de la Constitución presente. No tienen los dos tercios de votos que necesitan para ello y como no tienen confianza en el cuerpo electoral no quieren la disolución de las Cortes y es esperanto a diciembre y con estas mismas Cortes que saben divorciadas de la opinión pública, que quieren aprobar una reforma de la Constitución, en contra del parecer de esta opinión pública, es decir, relegando al pueblo del cual «emanan todos los poderes».

Hay que combatir esta argucia jurídica que va contra el espíritu mismo de la Constitución. Hay que obligar de la manera que sea, a que estas Cortes que no representan al país, se disuelvan. No puede tolerarse que alarguen su mandato hasta diciembre y que entonces varíen a su gusto la Carta constitucional.

La clase obrera tiene pues, un punto de vista «propio» del problema constitucional. Nada de pactos ni transiciones con la pequeña burguesía. Ni ir como hasta ahora a su cola ni aliarse con ella. ¡Abandonarla, lanzarla a los brazos de los feudales y del capitalismo! Tampoco.

En la próxima campaña en torno al problema constitucional, la clase obrera, unificada ya su acción, tiene el deber de atraerse a la pequeña burguesía, a las clases medias, a los elementos intelectuales y técnicos. Presentarles la disyuntiva histórica planteada entre el capitalismo y socialismo y hacerles comprender que sus intereses van ligados a la suerte de la clase obrera. Que ya que ellos no pue-

den triunfar porque no tienen fuerza para ello, tienen que escoger entre las dos soluciones planteadas. Que ellos no pueden ir a apoyar, por interés propio, a una fuerza que representa el pasado y que tiende a aplastarlos. Que tienen el deber histórico de incorporar tras las fuerzas representativas de la sociedad nueva. Que fracasada la colaboración republicano-socialista que no puede volver, que la clase obrera impedirá que resurja, todas sus esperanzas, si su liberalismo, democracia, aspiraciones progresivas en todos los órdenes, etc., son un anhelo verdad, sólo podrán salvarlos poniéndose al lado del proletariado como fuerza motriz de la Historia, destinada a vencer.

Decirles que han ensayado ya su rol histórico y que a pesar del apoyo de las masas obreras, han fracasado y que ahora, en justa correspondencia con éstas las que tienen que dirigir y ellas ponerse a la cola y apoyarlas.

A pesar de todos los argumentos, por razonados, veraces y evidentes que sean, en el momento decisivo, la pequeña burguesía, en su mayor parte, se inclinará hacia aquella fuerza que por el momento tenga más probabilidades de ganar. No puede hacer otra cosa. El fatalismo histórico se ciernen sobre ella.

Tarea del proletariado ha de ser, pues, para lograr la adhesión de estas fuerzas intermedias que tan necesarias son para la revolución y que en ciertos momentos, según de qué lado se inclinan, deciden su suerte, de presentarse como garantía infalible para ellas y lograr que nos tengan confianza.

Para ello precisa reforzar de una manera indestructible la unidad de acción del proletariado; hacer la unidad sindical; incorporar al movimiento obrero activo a las grandes masas inorganizadas; organizar a los campesinos y ligarlos estrechamente al movimiento obrero y, sobre la marcha, formar el Partido Único del proletariado que sea el eje de la revolución.

La tarea no es fácil, pero no imposible. El proletariado vence todas las dificultades.

JORDI ARQUER

Cárcel Modelo, Barcelona.

den triunfar porque no tienen fuerza para ello, tienen que escoger entre las dos soluciones planteadas. Que ellos no pueden ir a apoyar, por interés propio, a una fuerza que representa el pasado y que tiende a aplastarlos. Que tienen el deber histórico de incorporar tras las fuerzas representativas de la sociedad nueva. Que fracasada la colaboración republicano-socialista que no puede volver, que la clase obrera impedirá que resurja, todas sus esperanzas, si su liberalismo, democracia, aspiraciones progresivas en todos los órdenes, etc., son un anhelo verdad, sólo podrán salvarlos poniéndose al lado del proletariado como fuerza motriz de la Historia, destinada a vencer.

Decirles que han ensayado ya su rol histórico y que a pesar del apoyo de las masas obreras, han fracasado y que ahora, en justa correspondencia con éstas las que tienen que dirigir y ellas ponerse a la cola y apoyarlas.

A pesar de todos los argumentos, por razonados, veraces y evidentes que sean, en el momento decisivo, la pequeña burguesía, en su mayor parte, se inclinará hacia aquella fuerza que por el momento tenga más probabilidades de ganar. No puede hacer otra cosa. El fatalismo histórico se ciernen sobre ella.

Tarea del proletariado ha de ser, pues, para lograr la adhesión de estas fuerzas intermedias que tan necesarias son para la revolución y que en ciertos momentos, según de qué lado se inclinan, deciden su suerte, de presentarse como garantía infalible para ellas y lograr que nos tengan confianza.

Para ello precisa reforzar de una manera indestructible la unidad de acción del proletariado; hacer la unidad sindical; incorporar al movimiento obrero activo a las grandes masas inorganizadas; organizar a los campesinos y ligarlos estrechamente al movimiento obrero y, sobre la marcha, formar el Partido Único del proletariado que sea el eje de la revolución.

La tarea no es fácil, pero no imposible. El proletariado vence todas las dificultades.

JORDI ARQUER

Cárcel Modelo, Barcelona.

La crisis del Partido Socialista

Nosotros, al lado de las Juventudes

La lucha de tendencias en el seno del Partido Socialista se ha avivado de un modo extraordinario durante las últimas semanas.

Quien rompió el fuego de una manera pública fué Indalecio Prieto, publicando en la prensa burguesa cinco artículos, en los que arremetía con furia contra las Juventudes Socialistas.

Una vez iniciado el ataque, la derecha del Partido, que hasta entonces se había mantenido discretamente en la penumbra, se ha atrevido a sacar la cabeza editando un órgano semanal, "Democracia", que, dirigido por Saborit y Besteiro, se propone llevar las aguas socialistas al pantano encharcado del reformismo más vergonzoso.

Las Juventudes Socialistas que son el alma de la tendencia izquierdista del Partido, encarcelados sus directivos, imposibilitados de actuar legalmente, cerradas a cal y canto las puertas de la prensa burguesa que se abren de par en par a Prieto y Besteiro, luchan en condiciones de inferioridad.

Nosotros nos ponemos resueltamente al lado de las Juventudes Socialistas en esta cruzada. Son ellas las que tienen razón, las que encarnan el verdadero sentido marxista en el Partido Socialista.

Las columnas de nuestro periódico están a la disposición de las Juventudes Socialistas para defender sus posiciones contra los ataques de centristas y derechistas.

Habla el Presidente de las Juventudes Socialistas

Nosotros, los jóvenes socialistas

Jamás hasta el presente han sido tan discutidas las Juventudes Socialistas. La discusión alcanza tonos verdaderamente interesantes. A falta de argumentos se recurre a Tomás Meabe, para imputarle pensamientos opuestos a su modo de pensar. En la contienda, entran todos los que pueden, que no quiere decir, que puedan todos los que quieren.

En la Academia de Ciencias Morales y Políticas, se adujo «que la Juventud de hoy difiere en mucho de la juventud de hace veinte años» y en otras declaraciones salidas de la prisión se nos invita a «preocuparnos de nuestra peculiar misión de jóvenes» y se nos impide de la entrada «al campo que solo al Partido corresponde». «Cuando el malogrado Tomás Meabe—se nos

el espíritu atrofiados, sin criterio ni control sobre sus destinos? ¿O, por si acaso, se pretende hacernos creer que éste era el pensamiento que guió a Meabe cuando fundó las Juventudes Socialistas de España? Lean y releen nuestros denostadores las fábulas y parábolas de Tomás Meabe y verán cuanta es la diferencia entre él y sus epígonos. Lean una y mil veces el cuento de las cigüeñas y comprenderán, como a Meabe le parecía bien, que las cigüeñas salvajes y libres, mataban a picotazos a las cigüeñas domésticas que renunciaban a su libertad.

¿Quién piensa en constreñir el alma de las juventudes dentro del limitado recinto de la senectud? Ni los mantenedores de la «evolución pacífica» pueden con toda su lógica, afirmar que la sucesión de las generaciones sea una manifestación estática. Sino hubiera informado en el curso de la vida, la dialéctica marxista, nuestros buenos maestros serían excelentes conservadores, pero por lo que vamos viendo «a pesar» de esta dialéctica, que es todo dinamismo, su espíritu es tan reaccionario como el de los señores feudales.

En las columnas del mismo periódico burgués donde se apostrofa a las Juventudes, se destruyen los ataques de nuestros críticos. No para nuestra defensa, sino para rechazar la acometida que los verdaderos conservadores del «verdadero orden, de la paz y de la familia» verifican contra un innovador de su medio. Se trata del señor Sánchez San Román, calificado republicano e hijo de monárquico ortodoxo. Y con iguales palabras que nosotros pudiéramos emplear, el articulista se burla anecdóticamente de quien censura la heterodoxia del ilustre jurista tratándolo el cuento del aldeano arado: «¿Luz eléctrica? ¡Amos hombre!... Mi abuelo y mi padre se alumbraban con el candil; así lo hemos visto siempre y así lo tenemos que dejar. ¡Buena fuera que yo hiciera otra cosa que mi padre!»

¿Es ésto lo que queréis, ilustres senadores del Partido Socialista? ¿Que nosotros nos alumbremos con el «candil doctrinal» de nuestros antecesores? ¿Que renunciemos al esclarecimiento «eléctrico» de los presentes, abandonando la crítica de las contradicciones actuales?

¿Quién ha de sufrir los rigores del Gobierno futuro, más que las juventudes de nuestro tiempo?

¿Queréis negarnos la intervención en los acontecimientos más importantes de nuestra vida? ¿Queréis reducir a la impotencia nuestro ardor juvenil? ¿Queréis transformarnos en elementos pasivos que acaten sin protestas vuestras absurdas vacilaciones?

Por lo visto ignoráis que la juventud, llena de fábricas y los talleres; las minas y el campo; que de la juventud se nutren los ejércitos para la guerra; que de la juventud se sirve el fascismo; que de la juventud se forjan las nuevas generaciones que transforman la sociedad. Y por ignorarlo queréis imponernos la mordaza.

Cuando nuestro espíritu es débil y vuestra lógica endeble, vuestras protestas contra la juventud, son justas. Tenéis miedo a nuestra teoría y a nuestra táctica; a nuestra dialéctica y a nuestra combatividad y cuando una generación es débil y vacilante y tiene pánico a los que avanzan, lo mejor es callar y dejarles paso. Habéis cumplido vuestro deber en la historia social. Nosotros los jóvenes, reclamamos nuestros lugares, llenos de fe y entusiasmo, seguros de nuestro triunfo y convencidos de nuestra victoria.

Carlos Hernández

Cárcel Mod., Madrid, mayo 1935.

Es por eso que hoy publicamos artículos de las camaradas Carlos Hernández y Santiago Carrillo, presidente y secretario respectivamente de las Juventudes Socialistas, ambos presos en la cárcel de Madrid.

El camarada Andrade, de la Izquierda Comunista, aporta ya una primera justificación favorable a la nueva promoción socialista. Seguiremos apoyando la posición de las J. S.

A la invitación hecha por el camarada Carrillo de ingresar en el Partido Socialista para ayudarles desde dentro, contestaremos en un extenso artículo la semana próxima. Una constatación previa tan sólo. Estamos fuera del Partido Socialista. ¿Y quién desde dentro sostiene como nosotros desde fuera a los jóvenes socialistas?

Esperamos que las Juventudes Socialistas acabarán triunfando por sobre todos los restos del viejo liberalismo podrido que atascan la verdadera marcha del Partido Socialista.

Nuestro concurso para que esto sea así no es desinteresado. Y no lo es porque, en bien del porvenir del proletariado, aspiramos a la unificación marxista con el ala izquierda del Partido Socialista, de la que—como ya hemos dicho—las Juventudes son el brazo y el cerebro.

Habla el Secretario de las Juventudes Socialistas

La bolchevización del Partido Socialista

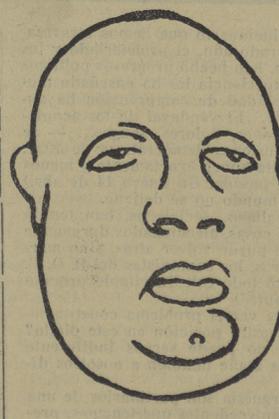
La consigna de bolchevización del Partido Socialista, lanzada por las Juventudes, ha caído como una bomba en determinados sectores. Era de prever. Centristas y reformistas se han sentido heridos en lo vivo. De entre ellos Indalecio Prieto, al que la prensa de la pequeña burguesía presta siempre una buena acogida, ha arremetido contra nuestra Federación con el ímpetu de sus mejores tiempos de polemista. A este ímpetu une un magnífico desconocimiento de la situación actual de las Juventudes Socialistas. Aún esperamos nuevos ataques de aquellos que se consideran lesionados por el folleto «Octubre. Segunda etapa». Es más, no nos extrañaría que se iniciara por ciertos elementos una operación a fondo contra nuestra entidad. No hallamos preparados para resistirla, en la seguridad de conseguir la victoria. Los que nos atacan no se dan cuenta de que sus embates, en lugar de debilitarnos, contribuyen a crear en nuestros militantes lo que pudiéramos llamar un «espíritu de Juventudes». Hasta ahora los elementos directivos veníamos trabajando porque los jóvenes socialistas tuvieran el espíritu del Partido Socialista, lo que prueba como nuestras intenciones no son las de convertirnos en un organismo director. Pero si ellos se empeñan ciegamente en distanciarlos de la «sabia experiencia» y sus ataques que no van a conseguir otro resultado—la responsabilidad de lo que suceda será de ellos.

Sin embargo, no son sólo centristas y reformistas quienes se levantan contra nuestra consigna; también los militantes tradicionales y niños del Partido se asustan. Temen, espantados, que somos una turba de jóvenes alocados, que intenta asaltar el Partido para imponer en él una dictadura, ahogar toda democracia interna, y adscribirlo después a la Tercera Internacional. Suspiran melancólicamente por los tiempos en que el Partido era «una familia»—esas son sus palabras—, y uno, viendo esto, se pregunta, ¿pero cuáles eran esos tiempos? Porque la historia del Partido Socialista está preñada de polémicas internas violentísimas a veces, y hasta de escisiones. Un Partido revolucionario no puede ser «una familia» en el sentido patriarcal y bucólico que ellos dan al concepto. Olvidan la historia que ellos mismos han vivido, o cuando menos presenciado. Ese militante niño y olvidadizo es el que se vuelve hacia uno y le dice despreciativamente: «Joven, eso lo ha leído usted en los libros...». Y se engaña, orgulloso de unos cincuenta años en los que no ha sido capaz de aprender nada. Pues bien, ese compañero, la mayoría de las veces muy buen hombre, que desprecia tan olímpicamente los libros, llora poco más tarde, enervado, cuando oye exclamar a un capitolista reformista que el proletariado sólo podrá triunfar cuando sea culto.

Ese militante niño que no discute, que no se toma el trabajo de opinar por cuenta propia y que luego copia estereotipada la opinión de aquella persona que ha pensado siempre por él, no tiene agilidad mental para comprender una consigna como la bolchevización del Partido, y se precisa una elaboración muy lenta para vencer su pereza de pensamiento. En el primer instante, tiene por la tradición democrática del Partido. Luego, cuando ha oído a otros que cree preparados, piensa que somos unos escisionistas. Y cierra contra nosotros. Le espanta la lucha de tendencias, y como cree que venimos a atizarla, abomina de las Juventudes. En estos instantes ese militante se frota las manos de gusto, y cuando se encuentra con un joven socialista, le dirá con fruición: «Vaya «palos» que os está dando Prieto, ¿eh, bolcheviques? Para él es bueno todo lo que el Partido posee, ex-

cepto las Juventudes, en esta ocasión. En el año 1930 aprobó, por igual, la conducta de los que realizaron la huelga revolucionaria como la de los que la boicotearon. Todos eran excelentes personas, y entre esta clase de gentes, ¿qué importa una traición? Ahora, después de octubre, aprobaría lo mismo la posición—pongo por ejemplo—de Trifón Gómez, que la de Ramón González Peña. El caso es que el Partido viva o vegete sin inquietudes ni riñas.

Ese militante no se entera de nada de lo que sucede en el mundo; por consiguiente no sabe que tras la insurrección de febrero, la socialdemocracia austriaca se ha partido en seis u ocho pedazos. Tampoco sabe que el socialismo alemán se dividió también en la apreciación de su papel antes de la victoria hitleriana, partiéndose por gala en dos. Ni se ha enterado, a pesar de que la cosa ya no es de hoy, que el proletariado ruso, a través de escisiones antes de llegar al Poder. ¿Qué hay de extrañar, pues, en que tras una experiencia como la de octubre, se agudicen en nuestro Partido los luchas de tendencia, y que una de éstas, o por lo menos parte, exija la depuración, o—en términos más gráficos—la bolchevización del Partido, única garantía de que movimientos como el de octubre no tengan por colofón la derrota? Se ha dicho que el Partido no necesita bolchevizarse para hacer de vez en cuando «una salida al campo». Los que así hablan—son los que nos acusan a nosotros de predicar el motín por el motín—tienen un concepto sobremediano singular de las luchas proletarias. ¿Pero es que la clase obrera puede pensar en hacer «salidas al campo»? Criterio tan deportivo de lo que la Revolución es, no se aviene con ninguna de las posiciones clásicas del socialismo. Es, a lo más una pirueta literaria, con la que se pretende decir que, de vez en cuando, los mineros saldrán a matarse a los montes, para demostrar que aunque se colabora, aún quedan agallas a los socialistas. La abominación de los métodos revolucionarios, la revolución por la victoria,



Prieto

e incluso la revolución por el placer de luchar simplemente, son sentimientos comprensibles. Pero la Revolución por hacer una «salida al campo» es una teoría nueva que su autor tendrá la bondad de explicar algún día. Esta singular teoría viene a reforzar la posición de los que creen que lo de la bolchevización es un mote, o que aparentan creerlo porque la temen; de los que estiman que la depuración traerá nuestro debilitamiento. Sólo la ceguera, o el afán de falsear los acontecimientos para torcer los caminos del proletariado, puede llevar a desconocer que hoy nuestra debilidad está precisamente en las

contradicciones que nuestros enemigos aprovechan hábilmente, dando protección al reformismo, dejando hablar públicamente al centrismo, y manteniendo en las cárceles a los militantes más intransigentes. Nuestros enemigos saben que mientras no se resuelvan esas contradicciones, mientras el Partido Socialista no tenga una sola orientación, una dirección homogénea su predominio político está asegurado. El proletariado marcha victoriosamente, sólo cuando su Estado Mayor tiene una clara dirección marxista, y cuando existe entre los dirigentes una cohesión, que dadas las posiciones antagónicas no hay, al presente, en nuestro Partido. Impidiendo que la depuración se realice, por el aplastamiento de la tendencia revolucionaria, sobre la que se hace caer todo el furor de la represión el enemigo espera perpetuar su dominio político.

¿Cómo poner fin a esta situación? Para uno dejando paso libre al centrismo y al reformismo, que significan la colaboración permanente con los partidos de la burguesía, según ha dado a entender Indalecio Prieto bastante claramente, en sus recientes artículos. Para otros, para los que reivindicamos la gesta de octubre, yendo decididamente a la depuración del Partido.

Tanto se han manejado los argumentos sentimentales que algunos han llegado a creer que sólo aceptando el criterio centrista podrá alcanzarse la amnistía para los presos. Se llega a pensar sólo aceptando a cierraos lo que Prieto propone, podrá conseguirse la liberación de los presos. Sin embargo, estamos viendo lo que ha dado de sí me y medio de predominio centrista en la dirección del Partido, con las visitas a Palacio, la circular de conciliación, la duda de si la minoría volvería al Parlamento: cinco ministros cedistas, en lugar de tres. La política del mal menor ha fracasado de nuevo, y los que la rechazamos antes de octubre con indignación y energía no podemos adoptarla ahora por estar privados de libertad.

El abuso de los argumentos sentimentales llega a tal extremo que yo, que me encuentro en la cárcel, y con la amenaza de una temporada no breve de presidio, he llegado a meditar si no será un masoquista que se goza en el sufrimiento y en la privación de libertad, al defender la consigna de la bolchevización. Y como yo, los que están encarcelados y piensan de idéntica manera que son muchos. Y, sin embargo, todos nosotros queremos salir a la calle; pero sabemos que las puertas de la prisión no se nos abrirán deponiendo la actitud combativa; que sólo seremos libertados por la presión de las masas, que es la que ha arrebatado muchas presuntas víctimas al verdugo. Y esa presión popular sólo puede provocar a un Partido intransigente y luchador, no un Partido que entierre sus armas.

El porvenir próximo vendrá a demostrar que la posición justa dentro del Partido es la nuestra. La fiérez del militante tradicional, o tradicionalista, la resistencia del reformismo, y la acometividad del centrismo, serán vencidas. Tenemos una teoría justa y estamos invadidos por la fe. Mas para triunfar, precisamos la ayuda de todos los marxistas auténticos. Sin esa ayuda nuestro esfuerzo corre peligro de esterilizarse. Según nuestros clásicos, es preciso ir a buscar las masas adonde están. Hoy están en el Partido Socialista, que tiene una historia y una capacidad combativa, innegables. Hay que venir a nuestro seno para derribar a los que llevarían a esas masas por el camino de la derrota si no ponemos coto. Los señores de la Revolución, que miran desde la grada cómo trabajamos, en vez de participar en la tarea, contraen una grave responsabilidad histórica.

Santiago Carrillo.
Cárcel Modelo, Madrid.

Nota administrativa

A los paqueteros del Partido:

De los números 206, 207 y 208 se mandarán algunos ejemplares más de los pedidos. Se trata de facilitar a nuestros paqueteros el tanteo del mercado intensificando la venta.

Para los números indicados, exclusivamente, se admitirá devolución siempre que se haga dentro de los 15 días siguiente a la fecha del periódico.

A los antiguos suscriptores de LA BATALLA:

Los antiguos suscriptores de LA BATALLA recibirán, como anuncio de la reaparición de nuestro semanario, un ejemplar de los tres primeros números de esta época.

Los que deseen continuar recibiendo LA BATALLA sirvanse mandar el importe de la nueva suscripción.

Este número ha sido visado por la censura



Ese también irá el domingo a Valencia a gritar: ¡Viva la República!

El problema de las generaciones en el movimiento obrero

(Viene de la primera página)

miento obrero pecaría de ingrata sino reconociera los servicios rendidos, en general, por las otras generaciones. Pero caería también en el más puro reaccionarismo si se mantuviera sólo en los límites marcados por éstas, y que no responden ya ni a las necesidades ni a las circunstancias de la época. En la juventud, que es la que vive bajo los efectos más directos de la crisis actual del mundo y que es sobre la que se reflejan más intensamente todas sus consecuencias, se manifiestan también con mayor brío todas las inquietudes presentes. Busca y buscará, escapando a todos los moldes, una salida victoriosa a la situación.

Los viejos jefes del movimiento obrero se han desenvuelto en condiciones diferentes a la nueva generación. En el pasado asistimos al desarrollo pacífico del capitalismo, que autorizaba en el mundo las formas de lucha legal, parlamentaria, democrática. La prosperidad industrial permitía la concesión de mejoras. Dio lugar, ideológicamente, al nacimiento del reformismo. En nombre de las reformas, como panacea infalible, se pedía a la clase obrera que renunciase a la revolución. Se elevaron los potentes edificios de las organizaciones sindicales; se concentraron intereses materiales propiedad de los sindicatos y cooperativas; se formaron fuertes minorías parlamentarias. Con gran satisfacción nos pedían los viejos líderes que completásemos su obra y enriqueciéramos el poder material acumulado. El socialismo era para ellos un avance cada día, arrancado en lucha incesante al capitalismo.

Puede la nueva generación obrera alemana alzarse ahora y pedir cuentas de lo que han hecho los jefes veteranos y consagrados. El espectáculo del mundo es una buena contestación, pero al propio tiempo una rotunda condenación.

¿Qué ha sido de las organizaciones sindicales, de las riquezas sociales aterroradas, de los competentes varones parlamentarios de la socialdemocracia? ¿Cómo han respondido a la confianza que las masas trabajadoras depositaron en ellos? No han sido capaces ni siquiera de acompañar a la clase obrera en sus actuales sacrificios, en sus penalidades, porque muchos de ellos ante el triunfo hitleriano han pasado a la «neutralidad benévola» o a la adhesión política pública. Los edificios sociales, orgullo de una burocracia fanfarrona, se han convertido en lugar de tormento de los trabajadores. Los fondos de reserva nutren las cajas de los verdugos. La situación económica general del proletariado es peor que la que conocieron nuestros abuelos.

Y se quiere, en nombre de los reglamentos, de normas disciplinarias discutibles pedir acatamiento a ese estado de cosas, a esos jefes, a esas ideas? Tratar de impedir el desarrollo del pensamiento moderno es querer poner puertas al mar. La nueva situación exige no sólo nuevas ideas, sino incluso nuevos jefes. Los que resisten serán arrojados, y los que se adaptan obtendrán el reconocimiento político de la joven generación.

A la lucha que se prosigue contra la posición de las juventudes socialistas españolas hay que oponer argumentos políticos, soluciones a los problemas; pero no los intereses creados de un escalafón, de una oligarquía. Tras el movimiento actual de los jóvenes socialistas no sólo se encuentran sus cuadros de militantes, sino todo cuanto hay de consciente en el proletariado y de entusiasmo en las nuevas formaciones. No es un pleito íntimo de partido lo que se litiga; es la pugna entre dos generaciones, entre dos concepciones de la ideología socialista en general. Lo que hay de progresivo en ello obliga a nuestra solidaridad y a nuestra colaboración, independientemente de nuestro encuadramiento político.

Juan ANDRADE

Gráficos Alfa - Rosellón, 193 - Barcelona